

# **B I L A N**

**Bulletin théorique mensuel de la  
Fraction de Gauche du P. C. I.**

---

---

**BOLETÍN TEÓRICO MENSUAL DE LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P.C.I.**

**BILAN nº 7, mayo 1934.**

# **ANTIFASCISMO:**

## **Fórmula confusionista**

Muy probablemente la confusión imperante actualmente supera en amplitud a las anteriores situaciones de reflujo revolucionario. Esto se debe, por una parte, a la evolución contrarrevolucionaria de aquello que se conquistó tras grandes luchas en las posguerra: el Estado ruso y la III Internacional, y por otra parte, a la incapacidad de los obreros para hacer frente a esta evolución con un frente de resistencia ideológica y revolucionaria. El entrelazamiento de estos fenómenos y la brutal ofensiva capitalista, que se orientan a la formación de bloques con miras a la guerra, traen consigo luchas obreras y a veces también grandiosas batallas (Austria). Pero estas batallas no resquebrajan el poder del centrismo, que es hoy la única organización política de masas unida a las fuerzas de la contrarrevolución mundial.

Ante semejantes derrotas, la confusión no es sino el resultado logrado por el capitalismo, que ha incorporado al Estado obrero, al centrismo, a sus planes de supervivencia, llevándolos al terreno en el que desde 1914 se desenvuelven las fuerzas insidiosas de la socialdemocracia, principal factor de la descomposición de la conciencia de las masas y portavoz cualificado de las consignas de las derrotas proletarias y las victorias capitalistas.

En este artículo examinaremos una fórmula típica de este confusionismo, que en los medios que se dicen de izquierda (?) se conoce con el nombre de “antifascismo”.

No nos limitaremos a examinar la situación de países como Francia o Bélgica (países en los que este problema se plantea de manera muy concreta), análisis cuyo supuesto objetivo debería ser saber si existe o no el peligro de un ataque fascista inminente; de la misma forma, tampoco nos dedicaremos a analizar esa postura según la cual actualmente, a escala internacional, se abre la perspectiva de que los regímenes fascistas se extiendan por todos los países. Por otro lado, no analizaremos aquí los problemas teóricos que plantea el fascismo ni la postura que debe adoptar el proletariado frente a las instituciones democráticas cuando se produzca el ataque fascista. Todos estos problemas los desarrollaremos en otros artículos. Para que nuestra exposición sea más clara, nos limitaremos a un problema concreto: el antifascismo y el frente de lucha que supuestamente se puede realizar en torno a esta fórmula.

Es evidente, o al menos antes lo era, que antes de plantear una batalla de clase hay que establecer los objetivos a lograr, los medios a emplear, las fuerzas de clase que pueden intervenir a nuestro favor. Estas consideraciones no tienen nada de “teórico”, por lo que no están expuestas a las críticas fáciles de todos esos elementos hartos de “teorías” que, despreciando la claridad teórica, se ponen a trapichear con cualquier movimiento, sobre la base de no importa qué programa, mientras haya “acción”. Nosotros somos de los que piensan que la acción no se basa en “picotear” aquí y allá, o en la buena intención individual, sino en las propias situaciones. Por otra parte, a la hora de actuar, es indispensable un cierto trabajo teórico para poder preservar a la clase obrera de nuevas derrotas. Y hay que comprender bien el significado de este desprecio que profesan tantos militantes por el trabajo teórico, pues en realidad lo que siempre hacen es introducir, a hurtadillas, los conceptos esenciales del enemigo en sustitución de las posturas proletarias, las ideas socialdemócratas, que proclaman en los medios revolucionarios que hay que actuar, cueste lo que cueste, para “ganar la carrera” al fascismo.

Así, en lo que atañe al problema del antifascismo, lo que guía a sus partidarios no es sólo el desprecio por el trabajo teórico, sino su estúpida manía de crear y extender la confusión necesaria para formar un amplio frente de resistencia. Nada de fijarse límites de antemano, no hay que perder posibles aliados ni ninguna oportunidad de entablar la lucha, esta es la consigna del antifascismo. Es así como

**idealizan la confusión hasta convertirla incluso en un factor para la victoria.** Hace ya más de medio siglo, Marx recordaba a Weitling que la ignorancia nunca le sirvió de nada al movimiento obrero.

Hoy en día, en lugar de fijar los objetivos de la lucha, los medios a emplear, los programas necesarios, la quinta esencia suprema de la estrategia marxista (Marx diría ignorancia) se presenta así: echar mano a un adjetivo, normalmente se emplea el de “leninista”, y a continuación evocar en cualquier circunstancia y en un contexto completamente distinto la situación de 1917 en Rusia y el ataque de septiembre de Kornilov. ¡Ay!, aquella era una época en la que los militantes proletarios aún tenían la cabeza en su sitio y analizaban las experiencias históricas. En aquel entonces, antes de establecer semejanzas entre su época y las pasadas experiencias, analizaban primero si se podían establecer paralelismos políticos entre la situación pasada y la presente; pero aquellos tiempos pasaron, sobre todo si nos fijamos en la fraseología que emplean hoy los grupos proletarios.

Es inútil, se escucha, comparar la lucha de clases en Rusia en 1917 con la que existe hoy en los distintos países; y también es inútil ver si la correlación de fuerzas entre las clases de aquella época presenta ciertas analogías con la de hoy. La victoria de 1917 es un acontecimiento histórico, por lo que supuestamente basta con copiar la táctica que adoptaron los bolcheviques rusos. Y el resultado suele ser una mala copia, cuya interpretación dependerá de los conceptos y principios en los que se basen quienes la adoptan.

¿Qué más da que en Rusia el capitalismo estuviera pasando por su primera experiencia de poder estatal y que en cambio el fascismo haya surgido en países en los que el capitalismo se había adueñado del poder desde hacía décadas, o que por otra parte existiera en la Rusia de 1917 una situación revolucionaria volcánica que nada tiene que ver con la reaccionaria situación actual? Eso no les preocupa nada a nuestros actuales “leninistas”. Al contrario, su admirable serenidad no se turba al comparar con inquietud los acontecimientos de 1917 con los actuales, basándose seriamente en las experiencias alemana e italiana. Kornilov lo explica todo. Cuando, haciendo piruetas políticas, comparamos dos situaciones opuestas: la reaccionaria y la revolucionaria, llegamos a la conclusión de que la victoria de Mussolini y la de Hitler se deben a que los partidos comunistas no aplicaron correctamente la táctica clásica de los bolcheviques en 1917.

\*\*\*

Para el antifascismo las cuestiones políticas son secundarias. Su objetivo es reagrupar a los que se ven amenazados por el ataque fascista, para que constituyan una especie de “**sindicato de amenazados**”.

La socialdemocracia dirá a los radical-socialistas que deben velar por su propia seguridad y tomar inmediatamente medidas para defenderse contra la amenaza fascista: Herriot y Daladier también pueden convertirse en sus víctimas. L. Blum irá aún más lejos: advertirá solemnemente a Doumergue que si no se anda con cuidado con el fascismo, puede acabar como Brüning. El centrismo, por su lado, se dirigirá a “las bases socialistas”, o al revés, la S.F.I.O. se dirigirá a los centristas, para llevar a cabo el frente único, pues socialistas y comunistas se ven amenazados por el ataque fascista. Y aún nos quedan los bolcheviques-leninistas, que engallados proclamarán con grandilocuencia que están dispuestos a formar un frente de lucha dejando al margen las cuestiones políticas, sobre la base de una permanente solidaridad de todas las organizaciones “obreras” (?) contra las intrigas fascistas.

Lo que anima todas estas especulaciones es algo muy sencillo, demasiado sencillo a decir verdad: unir a todos los “amenazados”, que comparten el deseo de escapar a la muerte, en un frente común antifascista. Sin embargo un análisis meramente superficial demuestra que la idílica sencillez de esta propuesta en realidad oculta la renuncia total a las posturas fundamentales del marxismo, la negación de las experiencias pasadas y el significado de los acontecimientos actuales. Desde luego, es fácil decir que Herriot se equivoca al formar parte del gobierno que se ha formado tras el “motín” del 6 de febrero y que debería recordar que, en Italia, el liberal Amendola, que formó parte del gobierno que cedió el poder al fascismo,

terminó asesinado por éste. También es fácil decir que en Clermont-Ferrand, el partido radical socialista se ha suicidado al firmar “la tregua entre partidos”: la experiencia alemana demuestra que la “tregua” de Brüning sirvió admirablemente al fascismo, que no perdonó a los partidos democráticos. Y en fin, con la misma desenvoltura podríamos concluir diciendo que los socialistas franceses y belgas encontrarán en los acontecimientos de Alemania y Austria lecciones definitivas que les salvarán de una muerte segura y les llevarán a reaccionar con una política revolucionaria. A su vez, los centristas, siguiendo el mismo evangelio, deberían ver en la suerte de Thälmann y en los campos de concentración, que es necesario abandonar la táctica del frente único entendida no como la lucha de la clase obrera, sino como un medio de “destruir al partido socialista”, e implicarse en este frente de manera “honestamente” como pide el derechista y filio-socialdemócrata Doriot<sup>1</sup>, con el apoyo de los obreros de Saint-Denis, cuya reacción y deseos de lucha canaliza, en medio de la confusión, hacia el centrismo.

Pero todas estas consideraciones sobre lo que tendrían que hacer los radicales, socialistas y centristas para salvarse a sí mismos y a sus instituciones, todos estos sermones pronunciados “*ex cátedra*” no modificarán el curso de los acontecimientos, pues el problema es este: **no se puede convertir a los radicales, socialistas y centristas en comunistas, la lucha contra el fascismo no puede establecerse sino partiendo de un frente de lucha por la revolución proletaria.** Y es que la socialdemocracia belga no va a dejar de lanzar planes para reflotar el capitalismo al escuchar estos sermones, no vacilará a la hora de torpedear todos los conflictos de clase, en pocas palabras, entregará los sindicatos al capitalismo sin pestañear. Doumergue seguirá los pasos de Brüning, Blum los de Bauer y Cachin los de Thälmann.

Insistimos en que en este artículo no estamos tratando de ver si es posible comparar la situación en Bélgica o en Francia con la las circunstancias que provocaron el ascenso del fascismo en Italia o Alemania. La comparación que hacemos entre Doumergue y Brüning se refiere a la función que tienen en dos países capitalistas fundamentalmente distintos, que consiste, al igual que la de Blum y Cachin, en inmovilizar al proletariado, corromper su conciencia de clase y permitir que el aparato estatal se adapte a las nuevas condiciones de la lucha inter-imperialista. Hay razones para creer, concretamente en Francia, que la experiencia de Thiers, Clémenceau y Pointcaré se repetirá esta vez con Doumergue, que asistimos a la concentración del capitalismo en torno a sus fuerzas de derecha, lo que no implica el estrangulamiento de las organizaciones radical-socialistas o socialistas de la burguesía. Por otra parte, es un grave error basar la táctica proletaria en las posturas políticas que se desprenden de una mera perspectiva.

El problema no consiste en afirmar que, como el fascismo nos amenaza, hay que levantar el frente único del antifascismo y los antifascistas, sino que lo que hay que hacer es delimitar las posiciones en torno a las cuales el proletariado puede reagruparse para luchar contra el capitalismo. Plantear el problema de esta forma equivale a excluir de este frente de lucha contra el capitalismo a las fuerzas antifascistas e incluso llegar a esta conclusión (que puede parecer paradójica): si el capitalismo se orienta finalmente hacia el fascismo, el triunfo de los obreros dependerá de que no se alteren ni programa ni las reivindicaciones de clase de los obreros, mientras que la derrota será inevitable si el proletariado se sumerge en la ciénaga antifascista.

\*\*\*

La acción de los individuos y de las fuerzas sociales no se rige por la ley de conservación de estos individuos o estas fuerzas, sino que está relacionada con las clases. Brüning o Mateotti no perseguían sus intereses personales o las ideas que profesaban, es decir, no podían tomar el camino de la revolución proletaria, que es el único que habría salvado sus vidas del fascismo. Los individuos y las fuerzas actúan en base a la clase a la que pertenecen. Eso explica porque los actuales personajes de la política francesa no hacen más que seguir los pasos que les trazaron sus predecesores en otros países, suponiendo acertada la hipótesis de que el capitalismo francés evolucione hacia el fascismo.

---

<sup>1</sup> El entonces comunista Jaques Doriot era, a la sazón, alcalde de Saint Denis. Posteriormente fundará el filo-fascista Partido Popular Francés en 1936, para pasar luego al colaboracionismo durante la guerra.

Los fundamentos de la fórmula del antifascismo (el sindicato de todos los amenazados) se revela pues absolutamente inconsistente. Por otra parte, si examinamos de dónde procede –al menos en sus postulados programáticos– la idea del antifascismo, vemos que deriva de una distinción entre capitalismo y fascismo. Es cierto que si se pregunta a un socialista sobre esto, o a un centrista o a un bolchevique-leninista, todos afirmarán que el fascismo es capitalismo. Sólo el socialista dirá: “nos interesa defender la Constitución y la República para preparar el socialismo”; el centrismo afirmará que la unidad de la clase obrera se logra más fácilmente en torno al antifascismo que a la lucha contra el capitalismo; el bolchevique-leninista dirá que no hay mejor base para el reagrupamiento y la lucha que la defensa de las instituciones democráticas, que el capitalismo ya no es capaz de garantizar a la clase obrera. Así pues, se demuestra que partiendo del postulado general “el fascismo es capitalismo”, podemos llegar a unas conclusiones políticas que implican distinguir entre el capitalismo y el fascismo.

La experiencia nos ha demostrado que no se puede distinguir entre capitalismo y fascismo, pues la transformación fascista del capitalismo no depende de la voluntad de algunos grupos de la clase burguesa, sino que responde a las necesidades que corresponden a todo un periodo histórico y a las particularidades y la situación de ciertos Estados, que tienen poca fuerza para hacer frente a los fenómenos de la crisis y la agonía del régimen burgués. Las experiencias de Italia y Alemania, en la medida en que se pueden separar estancamente, podrían llevarnos a sacar esta conclusión: cuando el capitalismo se ve obligado a organizar la sociedad al modo fascista, los batallones fascistas suministran las fuerzas de choque que se dirigen contra las organizaciones de clase del proletariado. Las formaciones políticas democráticas de la burguesía declararán entonces que se oponen al fascismo, su objetivo es que el proletariado confíe en que ellos defenderán estas instituciones con sus leyes democráticas y la Constitución en la mano. Por otra parte, la socialdemocracia, que actúa en el mismo sentido que las fuerzas liberales y democráticas, apelará también al proletariado para que su reivindicación central sea recurrir al Estado, para que sea éste el obligue a las formaciones fascistas a respetar la legalidad y las desarme o incluso las disuelva. Estas tres corrientes políticas siguen un cauce completamente solidario: sus fuentes manan de la necesidad capitalista de que triunfe el fascismo, allí donde el objetivo del Estado capitalista es renovar la organización de la sociedad.

Como el fascismo responde a las exigencias fundamentales del capitalismo, sólo podremos luchar realmente contra él desde un frente opuesto. Es cierto que hoy vemos a menudo cómo nuestros interlocutores falsean nuestras posturas, eludiendo combatir las políticamente. Basta, por ejemplo, con oponerse a la fórmula del antifascismo (que carece de base política), argumentando que la experiencia demuestra que para el ascenso del fascismo **han sido tan necesarias** las fuerzas antifascistas capitalistas como las propias fuerzas fascistas, para que alguien responda: “analizar la sustancia programática y política del antifascismo carece de relevancia, lo importante es que Daladier es preferible a Doumergue, y que este es mejor que Maurras, por lo que nos interesa es defender a Daladier frente a Doumergue y a este frente a Maurras. Según las circunstancias, defenderemos a Daladier o a Doumergue, pues representan un obstáculo a la victoria de Maurras y lo que nos interesa es aprovechar la menor fisura para conquistar una posición ventajosa para el proletariado”. Evidentemente, para ellos los acontecimientos de Alemania, donde las “fisuras” que, en principio, representaban el gobierno de Prusia y luego Hindenburg-von Schleicher, no han sido en definitiva más que otros tantos escalones que han permitido el ascenso del fascismo, son simples bagatelas que no hay que tener en cuenta. Sabemos que nuestra postura será tildada de anti-leninista o anti-marxista; dirán que a nosotros nos da igual que haya un gobierno de derecha, de izquierda o fascista. Pero nos gustaría plantear al respecto, y de una vez por todas, el siguiente problema: **teniendo en cuenta los cambios que se han producido en las situaciones de posguerra, ¿acaso la postura de nuestros interlocutores, que le dicen al proletariado que entre una forma u otra de organización del Estado capitalista debe elegir la menos mala, no es la misma que la de Bernstein cuando decía a los obreros que su objetivo debía ser lograr la mejor forma posible de Estado capitalista?** Quizá nos respondan que no se trata de que el proletariado apoye al gobierno que él considera la mejor forma de dominio... desde el punto de vista proletario, sino que se trata simplemente de reforzar las posiciones del proletariado, para que logre imponer al capitalismo una forma democrática de gobierno. En cualquier caso, cambian las frases, pero el contenido es el mismo. En efecto, si realmente el proletariado está en condiciones de imponer una solución

gubernamental a la burguesía, ¿por qué debería limitarse a ese objetivo en lugar de plantear sus propias reivindicaciones de destrucción del Estado capitalista? Por otra parte, si sus fuerzas aún no permiten desencadenar la insurrección, ¿acaso orientarlas hacia un gobierno democrático no equivale a impulsarlas hacia el camino que permite la victoria enemiga?

Desde luego, el problema no es como lo ven los partidarios del “mal menor”: el proletariado tiene su propia solución al problema del Estado, **y no tiene ningún interés en participar en las soluciones capitalistas al problema del poder**. Es evidente y lógico que le convienen gobiernos burgueses débiles que permitan que la lucha revolucionaria del proletariado evolucione, pero también lo es que el capitalismo no formará gobiernos de izquierda o de extrema izquierda a no ser que estos sean la mejor forma de defenderse en un determinado momento. En 1917-21, la socialdemocracia accedió al gobierno en defensa del régimen burgués, pues era la única forma de aplastar la revolución proletaria. **¿Pero acaso consideran los marxistas que es mejor un gobierno reaccionario, de derecha, que oriente a las masas hacia la insurrección?** Si formulamos esta hipótesis es para demostrar que para el proletariado el concepto de mejor o peor forma de gobierno carece de validez general. Estos conceptos sólo son útiles al capitalismo, dependiendo de las situaciones. El deber de la clase obrera, en cambio, es reagruparse en torno a posiciones de clase para combatir al capitalismo sea cual sea la forma concreta que revista: fascista, democrática o socialdemócrata.

Lo primero que hay que tener en cuenta a la hora de valorar la actual situación es que la cuestión de tomar el poder no se le plantea hoy de manera inmediata a la clase obrera. Una de las muestras más crueles de esta situación es el desencadenamiento del ataque fascista y la evolución de la democracia hacia los gobiernos de plenos poderes. Por tanto, se trata de determinar sobre qué bases se puede llevar a cabo el reagrupamiento de la clase obrera. Este es un concepto realmente curioso, que separa a los marxistas de todos los agentes del enemigo y de los confusionistas que actúan en el seno de la clase obrera. Para nosotros el reagrupamiento de los obreros es un problema cuantitativo: como el proletariado no puede asignarse como objetivo inmediato la conquista del poder, debe unirse para luchar por unos objetivos más limitados, pero siempre clasistas, es decir, las luchas parciales. Aquellos que ostentan un falso extremismo, alterando la esencia de clase del proletariado, afirmarán que este puede luchar por el poder en cualquier época y circunstancia. Al no plantear el problema sobre bases clasistas, es decir, proletarias, las emasculan sustancialmente al plantear la cuestión del gobierno antifascista. Hay que tener en cuenta que los partidarios de la disolución del proletariado en el pantano antifascista son los mismos que impiden que se forme un frente de clase proletario para las batallas reivindicativas.

En los últimos meses, en Francia, hemos podido ver cómo florecían los programas, los planes, las organizaciones antifascistas, pero todo esto no ha evitado que Doumergue lleve a cabo una reducción masiva de pagas y pensiones, dando la señal para una reducción de salarios que el capitalismo francés tiene intención de generalizar. Si se hubiera empleado una centésima parte de la energía que se ha gastado en torno al antifascismo en un frente sólido de la clase obrera por la huelga general, por la defensa de las reivindicaciones inmediatas, seguro que, por una parte, las amenazas represivas habrían alterado su curso, y por otra, el proletariado, una vez reagrupado para defender sus intereses de clase, habría recuperado la confianza en sí mismo, habría modificado la situación, permitiendo que surgiera de nuevo el problema del poder en la única forma que se puede plantear para la clase obrera: la dictadura del proletariado.

A partir de todas estas elementales consideraciones, es evidente que el antifascismo sólo estaría justificado si existiera una clase antifascista cuya política derivase del programa que le corresponde como clase. Pero sólo es que las formulaciones más elementales del marxismo rechacen tales conclusiones, sino también las refutan los factores que se desprenden de la situación francesa. En efecto, el problema más inmediato es fijar los límites del antifascismo. ¿Cuál es su límite por la derecha? ¿Doumergue, que defiende la República?, ¿Herriot, que participa en la “tregua” para salvar a Francia del fascismo?, ¿o Marquet, que según dice representa “los ojos del socialismo” en la Unión nacional, a los Jóvenes Turcos del Partido Radical, simplemente a los socialistas o, en fin, incluso al diablo, siempre que el infierno esté empedrado de

antifascismo? Al plantear el problema de manera concreta se demuestra que el antifascismo es una fórmula confusionista que lleva a la clase obrera a una derrota segura.

En lugar de modificar sustancialmente las reivindicaciones de la clase obrera, el deber imperioso de los comunistas consiste en reagrupar a la clase obrera en torno a sus reivindicaciones clasistas mediante sus organizaciones de clase: los sindicatos. En lo que respecta a la C.G.T. (la C.G.T.U. ha perdido su carácter sindical para convertirse en un apéndice del centrismo), asistimos –y esto es otra característica de la dispersión de la clase obrera– a un proceso que le está modificando sustancialmente, convirtiéndolo en un partido político cuyo objetivo es, basándose en el programa de los Estados Generales, modificar la estructura de la sociedad en un sentido interclasista. Vemos cómo, para beneficio de la ideología antifascista, los sindicatos van desapareciendo, siendo los únicos organismos que podrían reagrupar al proletariado actualmente, cuando sólo las reivindicaciones inmediatas permiten reconstruir la unidad de lucha de la clase obrera. Para terminar, añadiremos que el hecho de que sea necesario apoyarse en las organizaciones sindicales se deriva de elementos históricos que no se pueden obviar alegando que los sindicatos son muy débiles en Francia. En efecto, nosotros no nos basamos en la idea formal del sindicato, sino en la consideración fundamental de que –como ya hemos dicho– al no plantearse el problema del poder de manera inmediata, hay que fijarse objetivos más limitados, pero siempre clasistas, para luchar contra el capitalismo. El antifascismo plantea unas condiciones que no sólo permitirán que sean ahogadas hasta las más mínimas reivindicaciones económicas y políticas de la clase obrera, sino que comprometerá también todas las posibilidades de lucha revolucionaria, exponiendo al proletariado caer presa de las contradicciones del capitalismo: la guerra, antes de haber tenido la posibilidad de librar la batalla revolucionaria por la instauración de la sociedad futura.

---

## **POR LA VUELTA DE TROTSKY A RUSIA**

La burguesía francesa quiere desterrar a Trotsky a la isla de Aix. Se trata simplemente de impedir que continúe en el movimiento revolucionario, metiéndole en una prisión aparentemente “democrática” en la que cualquier gesto es observado. La acción de la burguesía está plenamente justificada: Trotsky simboliza la revolución rusa de 1917, y al castigarle la burguesía pretende golpear a la revolución. Los comunistas comprenden el sentido clasista que anima al capitalismo francés; saben que el derecho de asilo para la revolución rusa no es más que un sofisma: en nuestra lucha con la burguesía, lo que cuenta es la fuerza. Por eso exigirán la vuelta inmediata de Trotsky a Rusia, para que pueda ocupar de nuevo su puesto, al lado de los obreros rusos, a quienes, junto a Lenin, condujo a la victoria.

# LA HUELGA DE VERVIERS

Hace ya más de cuatro años que el proletariado belga va de derrota en derrota, viendo como sus condiciones de vida empeoran de manera espantosa. En la industria carbonífera, según las estimaciones más optimistas –las de los dirigentes reformistas de la Central Minera– las sucesivas disminuciones de salarios llegan ya al 40% respecto a 1930. En la industria metalúrgica la reducción llega al 30%. En la textil es aún mayor. En la construcción son algo inferiores. Sin embargo estas cifras están lejos de dar una imagen exacta del empeoramiento de las condiciones de vida que se impone al obrero belga. En principio, lo normal es que las estadísticas que publican el gobierno o los sindicatos no incluyan más que las disminuciones oficiales. Pero muy a menudo los obreros tienen que aceptar salarios por debajo de los estipulados en el contrato. Se registra un paro completo del 15% y un paro parcial de 25%. Con estos datos podemos hacernos una idea del brutal empeoramiento de las condiciones de vida de los obreros.

La gran huelga de los obreros textiles de Verviers, donde trabajan más de 16.000 obreros y obreras, no se debe a que la patronal amenace con una nueva reducción de salarios. Pero, como sabemos, eso es lo que sucederá si los huelguistas, que llevan luchando desde el 22 de febrero con una valentía y unión admirables, salen derrotados. En estos tiempos de nacionalismo económico, cuando los diversos poderes capitalistas se enzarzan en una guerra a golpe de aranceles y cuotas para conquistarse unos a otros los cada vez más escasos mercados, necesarios para sus exportaciones, todas las medidas de defensa capitalista se traducen obligatoriamente en la reducción de salarios. Y en esta lucha capitalista llega un momento en que, si se quiere ser eficaz, hay que modificar profundamente las relaciones entre los patronos y los obreros, unas relaciones que fueron útiles en otra época, pero que hoy son un obstáculo para los objetivos de la patronal.

Esto es lo que sucede en la industria textil de Verviers. Y eso es en lo que piensa la “Estrella Belga”, uno de los órganos de combate de la patronal, cuando afirma, dirigiéndose al gobierno, que es el momento de “actuar, de actuar con fuerza contra... el desarrollo del poder sindical, que amenaza colectivamente a todos”.

No pensemos por ello que los sindicatos de Verviers constituyen una amenaza revolucionaria, ni que la patronal se engaña respecto a este movimiento sindical y sus dirigentes. Ella sabe, pues ha colaborado con ellos durante muchos años, que nada más lejos de las intenciones de los jefes sindicales de Verviers que la idea de atentar contra el régimen capitalista y sus representantes, pero... Hay un pero. Y es este: Los obreros de Verviers han conquistado, con duras luchas, sus convenios, sus reglamentos y ciertos derechos. Además disponen, para hacer que se respeten, de unas organizaciones sindicales en las que la burocratización aún no ha ahogado completamente la iniciativa de las masas.

Los derechos y normas favorables al obrero son actualmente puestos en tela de juicio por los patronos, que pretenden introducir las siguientes reformas:

- 1º **La reducción del personal de las cuadrillas** en las hilanderías de cardado que, en Francia, tienen un atador menos y, en ciertos artículos especiales, dos menos.
- 2º Que en las tareas de retorcido el personal se encargue de **un mayor número de husos**.
- 3º En las hilanderías de cardado, poder **asignar** un número de obreros según la dificultad técnica que presente la materia a hilar, en lugar de tener que ajustarse a la regla de un hombre cada 90 o 120 husos.
- 4º En las labores de tejido, la **generalización del trabajo en dos telares**, práctica que en el extranjero está generalizada pero no en Verviers, donde se limita a un solo telar.
- 5º **El aumento de la producción** de los urdidores.



- 6º **La supresión de la subida salarial del 20%** al personal del segundo turno.
- 7º En caso de paro, mantener el reparto del trabajo entre todos los obreros de la fábrica (rotaciones y turnos).

Los patronos declaran ante los periodistas, escribe el *Peuple*, que no tienen intención de modificar, **al menos por ahora**, los salarios base y que simplemente quieren acabar con el sistema establecido en el convenio de 1919 y que consiste en pagar al segundo turno (el de la tarde), que trabaja cuarenta horas semanales, (de las 14:30 a las 23h.), el mismo salario que al turno de mañana, que trabaja desde las 6 a las 14:30h.

Los patronos añaden que no pretenden acabar con esta rotación, “**sino adaptarla a las actuales circunstancias**”. Mantendrán estos turnos empleando al personal “estrictamente necesario.”

Los obreros han emprendido la huelga en contra de estas reformas que pretenden los patronos. Los derechos que quieren arrebatar han sido conquistados mediante la lucha, como hemos dicho. Algunos son muy importantes, sobre todo el que permite a los trabajadores repartirse el trabajo entre ellos si la producción se ralentiza. Datan de 1906, año en que los obreros de Verviers tuvieron que hacer frente a un lock-out general que duró seis semanas. Ente conflicto entre el conjunto de los patronos coaligados y los obreros, que habían sustituido sus viejos sindicatos de oficio por la Confederación General, se cerró con un compromiso. Los obreros lograron el reconocimiento sindical. Pero este reconocimiento se logró gracias a que los sindicatos renunciaron a organizar la resistencia espontánea de los obreros. De lo que más se quejaban los patronos era de que las huelgas se multiplicaban sin que la Confederación fuera capaz de ponerlas fin. Fue entonces cuando se crearon las Federaciones industriales, cuyos miembros eran responsables ante los patronos. Se elaboraron convenios. Se permitió a los sindicatos convocar asambleas en las fábricas y otras formas de propaganda. Pero se creó una comisión mixta, una Cámara de Conciliación que debía encargarse de resolver pacíficamente los conflictos. Las Federaciones se comprometieron a **no apoyar ninguna huelga** cuyos móviles no fueran **previamente** examinados por parte de esta comisión. Es obvio que la “Unión Sagrada” sellada en 1918 por el Partido Obrero Belga y la Comisión Sindical reforzó este sistema de convenios. Hasta el punto en que provocó una escisión: la Federación del Cardado, que ya en 1906 rechazaba los compromisos, se separó de la Central del Textil.

Aquella época, que fue testigo del ascenso gradual de las organizaciones obreras vervietenses, se parece poco a la que atravesamos actualmente. La crisis general del capitalismo no pasa sin dejar su huella en la industria lanera de Verviers. Aunque, en gran parte, su producción está especializada en los tejidos de buena calidad y los “antojos”, que tanta fama han dado a la ciudad, Verviers ha sufrido los efectos de la generalización del perfeccionamiento técnico. Algunos productos, como las “sargas”, ya no se fabrican. Se han ido allí donde la fuerza sindical no es tan poderosa. La industria lanera debe importar sus materias primas del extranjero. En Anvers, algunas fábricas se encargan del lavado de la lana que llega en bruto, lo que disminuye el gasto de transporte a los centros que la trabajan. Casi la mitad de la lana hilada se exporta, mientras que la otra mitad pasa a las fábricas diseminadas por todo el país. Las hilanderías se concentran en Verviers, mientras las tejedurías se dispersan cada vez más. Hay en la provincia de Anvers: Hoboken, Malines, en la región bruselense y en Brabante, en ambos Flandes. El centro Roubaix-Tourcoing compite con Verviers. Los patronos sacan un buen partido a las condiciones miserables de trabajo que han logrado imponer a los obreros del norte y de Flandes. Sin embargo, Verviers sigue siendo un gran competidor gracias a que está especializada en tejidos de buena calidad, que necesitan una mano de obra especializada y experta, difícil de formar a pesar de los progresos técnicos.

No es extraño que la patronal vervietense, viendo la impotencia de los trabajadores del norte de Francia, sueña con imponer a sus obreros las mismas condiciones que sufren aquellos tras sus estrepitosas derrotas. Y es precisamente un industrial francés con intereses en el norte, el señor Flippo, quien nos lo confirma, al mostrarse uno de los más ardientes partidarios del acoso a los obreros vervietenses.

Aunque los dirigentes sindicales vervietenses lo hubieran querido, difícilmente habrían podido impedir la huelga. La unidad de los 16.000 sindicatos –es decir, todo el personal– era tal, hasta tal punto las provocaciones de la patronal habían levantado indignación entre los obreros, que no era pensable oponerse a su voluntad. ¿Pero acaso el hecho de que los socialdemócratas dirijan la huelga, aunque hayan aceptado en principio luchar, garantiza otra cosa más que el hábil sabotaje de la combatividad obrera y el torpedeo de la iniciativa de las masas? Oposición pasiva, cuando se puede, y activa cuando se requiere, apoyo aparente cuando es necesario, pero el instinto que les guía es siempre el mismo: poner rumbo a la conciliación, poner diques, canalizar el movimiento, agotar, desangrar la resistencia obrera, y cuando ésta agoniza, aparecer como los salvadores del movimiento, cuando ya las tergiversaciones y la palabrería lo han encaminado en la dirección adecuada.

Hay que plantear esta cuestión: en el periodo que atravesamos, en el que el capitalismo ha decidido no ahorrar medios para realizar su programa de rearme económico, las huelgas económicas de una corporación o una industria, ¿sirven de algo al proletariado, si éste no está decidido a llevar las cosas hasta el final, a recurrir a la huelga general, incluso a soluciones más extremas si así lo exige el desarrollo de la lucha? Y nosotros respondemos: ¡No! Pero entonces, nos dirán, lo que pretendéis es que toda huelga económica termine en huelga general y que toda huelga general lleve a la insurrección. Y así, de golpe, resucitan todas esas voces que con quejas y burlas trataban de justificar la acción “pacífica”, “metódica” y “constructiva” y condenaban los métodos de acción directa y de lucha revolucionaria del proletariado. Los éxitos son cosa sencilla para aquellos que se limitan a ver los acontecimientos de manera superficial o cuyo criterio para evaluar los intereses de las masas es el amor propio de los burócratas. Evidentemente, para estos, por ejemplo, es preferible el reconocimiento sindical por parte de la patronal, aunque implique una bajada catastrófica de las condiciones de trabajo y los salarios, al mantenimiento unas condiciones salariales cuya contrapartida sea el fin de los convenios y la ruptura de la colaboración entre patronos y dirigentes sindicales. Esta situación nos llevaría de vuelta a la época en la que eran los propios obreros, con la fuerza de su acción, quienes garantizaban sus condiciones de existencia. Ello implicaría dar de nuevo la iniciativa a las masas, lo que significaría un chorro continuo de huelgas que saldrían a presión, partiendo de cualquier incidente en los talleres, para convertirse luego en huelgas y lock-out generales. En lugar de movimientos pacíficos, se producirían acciones tumultuosas, que tomarían forma de motines y levantamientos populares.

Está claro que lo que más temen los dirigentes reformistas es que estas situaciones se repitan. Las luchas en las que son las masas las que tienen la palabra, y no los dirigentes de siempre, no son el fuerte de los sindicatos reformistas. Han hecho todo lo posible antes, durante y después de la huelga, para tender a la patronal la rama de olivo de la paz social. A la reivindicación patronal de la reducción de cuadrillas en las hilanderías y el trabajo en dos telares, así como a la supresión del 20% del plus para la cuadrilla de las tardes, los dirigentes sindicales no han contestado con un “no” categórico. Al contrario, han afirmado que están dispuestos a negociar, a la condición de que los patronos traten sólo con ellos. Exigen discusiones e informes bilaterales. A. Duchesne, secretario general de las Uniones Textiles (obreras), en su interpelación a las Cortes y también en otras ocasiones, ha declarado que él no se opone a “que la industria textil se adapte a estas nuevas condiciones que ha creado la competencia interna y externa”. Dice que esta adaptación sólo puede llevarse a cabo en detrimento de las condiciones de vida de la clase obrera. Unas palabras sibilinas cuyo verdadero significado nos lo da el *Peuple* –plenamente de acuerdo con los dirigentes del textil–, donde uno de sus reporteros escribe que las Uniones Textiles (léase sus dirigentes) están dispuestas a “bajarse del burro”. ¿Qué significa esto sino que los dirigentes están dispuestos a hacer concesiones a las reivindicaciones de la patronal a condición, por supuesto, de que los patronos reconozcan su autoridad? Pero los patronos no quieren, por lo que a los dirigentes sindicales no les queda otra que apoyar la huelga, esforzándose en contenerla en los estrictos límites que le asignan: la lucha por imponer a la patronal que mantenga las comisiones de conciliación, los convenios colectivos y el reconocimiento sindical. Ellos harán serios esfuerzos financieros por el conjunto del movimiento sindical y socialista belga, siempre que la huelga respete ciertos límites y no revista el carácter de una lucha violenta. La quiebra del Banco Belga del Trabajo, que supondría la “congelación” de tres millones de francos pertenecientes a las Uniones Textiles, exige estos “sacrificios”.

Pero estos “sacrificios” –que en realidad no son más que la devolución (una de tantas: las cuotas sindicales, por ejemplo, se descuentan de la ayuda que se da a los huelguistas) de los fondos desviados de su verdadero destino por el P.O.B.– no nos impiden constatar que la dirección reformista, con esa forma de dirigir la huelga, prepara la derrota. Está claro que los trabajadores de Verviers no pueden salir victoriosos en el marco de una lucha corporativa. El esfuerzo del capitalismo belga es impedir que el proletariado, al que pretende reducir al hambre, se una en un solo bloque. La Comisión Sindical de Bélgica y el P.O.B. le ayudan maravillosamente, impidiendo que las luchas desatadas por las distintas corporaciones amenazadas y que van cada una por su lado: la de los obreros textiles, los metalúrgicos, los mineros, los obreros de la construcción, se unan en una huelga general que pulverizaría los cálculos de los explotadores. Los piquetes de huelga que acosan a los esquiroleros son obra de los propios huelguistas y no son vistos con buenos ojos por la burocracia sindical. Sin embargo, a pesar de toda la actividad de los obreros vervietenses, la huelga está siendo sabotada. Una parte de la lana que se trabaja en Verviers es expedida a otros centros para que la traten allí. Los empresarios de Verviers alquilan fábricas enteras en otras regiones del país para manipular allí la lana. La lucha sindical para hacer frente a este esquirolaje es nula.

La verdadera función de la izquierda socialista se revela en las vacilaciones que han mostrado a lo largo de este conflicto. Los sindicatos de Bruselas, en los que ésta se apoya, no muestran una actitud diferente del resto de organizaciones sindicales. Es cierto que el sindicato de la construcción, el del vestido y el de los oficinistas han pronunciado algunas tímidas palabras a favor de la huelga general. Los dirigentes de estas organizaciones pueden arriesgarse y mostrarse audaces, pero si llega el caso ayudarán a romper la voluntad de lucha de los trabajadores. Sus llamamientos a la huelga caen hoy en la indiferencia casi general.

El Partido Comunista también se incluye en el pasivo de esta lucha obrera. Su influencia está aumentando. Agrupa a los obreros más impacientes y combativos. Pero su acción lleva la confusión al movimiento.

Cuando en los sindicatos reformistas aumentan los factores propicios para que eclosionen una formidable corriente contra el reformismo, el Partido Comunista se dedica a consolidar indirectamente sus posiciones. Promueve la división al crear un comité central de huelga al margen de los sindicatos y en su contra. Su carácter sectario se afirma conforme despliega su acción, impidiendo que los trabajadores recompongan sus fuerzas sobre unas sanas bases.

Estos son los factores que pesan sobre la clase obrera de Verviers y de todo el país y que impiden que los trabajadores se unan en la lucha en torno a objetivos revolucionarios. Sólo si superan estos obstáculos que levanta la política reformista y centrista, comunista o social-demócrata, podrán aprovechar de cara a su emancipación una situación objetiva que ofrece grandes esperanzas revolucionarias. Desgraciadamente, todo el retraso de los obreros en adquirir conciencia de esta situación trabaja en su contra.

A. HENNAUT.

# PARTIDO – INTERNACIONAL – ESTADO

## Capítulo II

### CLASE Y ESTADO

En su libro *El Estado y la revolución*, Lenin, basándose en las enseñanzas de Engels, precisaba la idea fundamental del marxismo respecto al papel histórico y el significado del Estado, que “es el producto y la manifestación del antagonismo **irreconciliable** entre las clases. El Estado aparece cuando las contradicciones de clase se pueden ser objetivamente conciliadas y precisamente en la medida en que **no pueden** serlo. Y a la inversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones entre las clases son inconciliables.” Además de esta idea esencial, el libro de Lenin contiene ideas fundamentales respecto al papel del Estado, ideas que a primera vista parece que los acontecimientos de posguerra desmienten y que por eso deben ser aclaradas de nuevo.

Se podría afirmar, en efecto, que el Estado soviético, a medida que “camina a paso ligero” hacia la realización del socialismo y la liquidación de las clases, refuerza –en lugar de ver como desaparece, según la expresión de Engels– su aparato administrativo, represivo y militar. Por otra parte, el fenómeno de la conversión (violenta o no) de la forma democrática del Estado capitalista a la forma fascista, que puede efectuarse gracias a la colaboración de unas fuerzas sociales radicalmente opuestas a la burguesía (pequeña-burguesía y capas proletarias), invalida, a su vez, aparentemente las formulaciones marxistas a la hora de explicar los actuales acontecimientos.

Ciertamente, a estas consideraciones podríamos responder lo que ya dijo Engels en su libro sobre “*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*”, acerca del papel y la función del Estado actual: “sin embargo, dice Engels, excepcionalmente, hay periodos en los que las clases en lucha están dispuestas a llegar a cierto equilibrio en el poder del Estado, y éste, como mediador aparente, adquiere una cierta independencia momentánea frente a una y otra clase.” Pero esta frase de Engels no puede aplicarse a la situación actual, en la que las clases, lejos de buscar un cierto “equilibrio”, son impulsadas a los límites extremos de la lucha. El caso que explica Engels no nos sirve para aclarar los problemas de la situación actual. Además, si lo empleamos como explicación de las diferentes fases de la posguerra, esta explicación representaría un vivo mentís a la teoría marxista del Estado.

Si bien Lenin precisó el papel y el significado del Estado de manera definitiva, no ocurre lo mismo en lo que respecta a la postura que deben adoptar las clases frente al Estado en la época de guerras y revoluciones proletarias, así como lo que se refiere al papel del Estado obrero ante la evolución de la revolución proletaria mundial.

El objeto de nuestro estudio es, partiendo de la base de las relaciones entre el Estado y la clase, señalar las razones que confirman que la doctrina marxista está plenamente vigente, en un momento además que las circunstancias nos permiten ya condensar en unas formulaciones fundamentales los nuevos elementos programáticos necesarios para la victoria del proletariado.

\*\*\*

En el primer capítulo hemos aclarado el hecho de que la clase, aunque es el reflejo del mecanismo productivo, no accede al estadio de fuerza histórica si no se ve llamada a realizar una forma particular de organización de la sociedad. Así, hemos refutado el “automatismo económico” y hemos puesto en evidencia que hoy la partida se sigue jugando entre el capitalismo, que intenta conservar sus privilegios y con ellos la sociedad burguesa, y el proletariado, que combate por instaurar la sociedad comunista. Por tanto la lucha es entre dos formas de sociedad radicalmente opuestas y no entre dos clases que luchan en el contexto

limitado de sus intereses económicos específicos. Las dos clases fundamentales antagónicas de la actual sociedad no pelean por un órgano de dominio (el Estado), que una vez conquistado permite a la clase victoriosa imponer violentamente su soberanía (en el sentido de la mera expansión ilimitada de sus particulares necesidades económicas); el frente de batalla es más extenso: la construcción de una nueva sociedad o la conservación de la vieja. La experiencia del dominio capitalista confirma mejor que cualquier otra cosa esta afirmación. Su sociedad no es el resultado de una mera superposición de los múltiples intereses económicos de los miembros de su clase, sino de una conjunción que abarca a toda la sociedad y que obliga a veces a los elementos de la clase explotadora dominante a poner freno a la expansión de sus intereses limitados y contingentes para que sobreviva la sociedad en su conjunto. El objetivo de la intervención del Estado en el terreno económico, que es algo que está a la orden del día en todos los grandes Estados imperialistas, es precisamente lograr que sobreviva la sociedad capitalista, controlando (para disciplinarla) la libertad de acción económica de ciertos grupos capitalistas —que ciertamente no son los menos poderosos—.

En esta implacable lucha entre la conservación de la sociedad y la fundación de una nueva, los estratos intermedios, que en el primer capítulo hemos denominado **agrupaciones de clase**, en lugar de emplear el término “clase”, son barridos inevitablemente, bien se unan al capitalismo, al que no les ata ningún interés real, o al proletariado victorioso, que es el único que puede garantizarle una mejor existencia: la del asalariado cuyos intereses están asegurados por el Estado. En cambio, en la situación actual, vemos cómo a la derrota momentánea del proletariado en su misión histórica se añade inevitablemente su incapacidad para defender incluso sus intereses económicos limitados. Esto demuestra que el proletariado sólo puede defender adecuadamente sus intereses económicos si es capaz de luchar por fundar la sociedad comunista, movilizándolo para ello a todas las capas explotadas de la sociedad capitalista.

En el mencionado capítulo también hemos tratado de establecer las premisas que demuestran que sólo se puede hablar de clase cuando existe la posibilidad histórica de que una agrupación de clase identifique su evolución, sus intereses económicos y sociales, con el desarrollo de la propia sociedad. Evidentemente el Estado que surge en este contexto histórico, como expresión de esta identidad de intereses, es, continúa siendo, el “Estado de la clase más poderosa, la clase económicamente dominante que, gracias a él, al Estado, se convierte en la clase políticamente dominante y adquiere así nuevos medios para oprimir y explotar a la clase dominada.” (Engels).

Es cierto que la seca y sucinta fórmula de Engels, “El Estado es el órgano de una clase”, actualmente parece que plantea algunos enigmas en lo que respecta al Estado soviético y los Estados fascistas. Se podría razonar así: o bien el Estado ruso es el Estado de la clase proletaria, y entonces como su actividad interna y externa rompe con las bases elementales de la lucha revolucionaria (la construcción de una sociedad sin clases y sin Estado), la teoría de la misión histórica del proletariado ha sucumbido; o bien el Estado ruso no es un Estado obrero, y en este caso la teoría marxista de la clase como agrupación social que se apropia de los medios de producción y erige, para conservarlos, un órgano de dominio (el Estado), habría sido a su vez desmentida.

Podríamos razonar de la misma forma con los Estados fascistas: o son Estados capitalistas y entonces la oposición que le hacen las fuerzas sociales y políticas claramente contrarrevolucionarias, como la socialdemocracia e incluso la derecha liberal, son incomprensibles; o bien la teoría marxista que nos permite hablar de capitalismo tras examinar la forma que adopta la propiedad privada debe, también, ser revisada a fondo.

Sin embargo nosotros pensamos que la definición “el Estado es el órgano de una clase” conserva todo su significado histórico. En el primer capítulo de este estudio (pedimos disculpas al lector por referirnos a él constantemente), hemos señalado que no sólo es que la clase sea un concepto inseparable de una forma de organización social, hacia la que tiende porque la evolución de las fuerzas productivas lo permiten, sino también que la clase es un concepto mundial que puede adaptar a los intereses de su supervivencia y la de la

sociedad que gobierna todos los fenómenos que se producen, incluso en los países en los que aún no domina e incluso en los países donde ha sido aplastada por su enemigo, el proletariado.

Estas premisas hay que tenerlas siempre en cuenta si no queremos perdernos en el laberinto de la situación presente. Por otro lado, es partiendo de esta base que todas las escuelas históricas (no sólo el marxismo) clasifican los diferentes periodos: Barbarie, Antigüedad, Medievo, Capitalismo y Proletariado, fases en las que la sociedad aún no conoce las clases, o en las que dominan los propietarios de esclavos, o los señores feudales y propietarios de tierras, la burguesía y, por último, la clase proletaria. De esta forma, toda esta inmensa multiplicidad de fenómenos históricos, que ilustran el progreso milenar de la humanidad, puede resumirse en el concepto clave de clase dominante desde el punto de vista histórico, clase que logra que confluyan a su alrededor todas las manifestaciones de la vida social, y esto a escala mundial.

Enfocando de este modo la cuestión, la idea fundamental de que el Estado es el instrumento de una clase no se ve alterada. Y cuando precisemos las posiciones y el camino que debe adoptar y recorrer el Estado proletario para cumplir su función, su objetivo, podremos deducir a partir de las experiencias de posguerra cuáles son los elementos que permiten retomar la lucha revolucionaria, y podremos así comprender, más allá de toda confusión, por qué la doctrina marxista conserva todo su valor.

\*\*\*

En apariencia, el último periodo de la barbarie (Morgan y Engels dividen la barbarie en tres periodos, en el último de los cuales se extienden los intercambios, la moneda y, en fin, la desintegración de los lazos de consanguinidad incompatibles con la economía monetaria) podría invalidar la idea de que el Estado es el instrumento de una clase. En efecto, en esta época, las formaciones gentilicias<sup>\*</sup> no suponen la existencia de una clase explotadora, aunque ya se haya establecido una reglamentación de la vida social, exista una cierta jerarquía en el seno de la gens y haya una manifiesta continuidad en el reparto de las funciones de las que se encargan sus miembros. Es así que las funciones militares (el Basileus de los griegos) y de dirección del trabajo<sup>\*\*</sup>, que se repartían de manera democrática, luego pasaron a transmitirse hereditariamente a elementos que pertenecían a una misma gens o a familiares de ésta. Engels, de cuyo análisis partimos, señala que antes de esta época ya se había producido una evolución en la formación gentilicia, pasando del matriarcado al patriarcado —en fin, disolviéndose y dando lugar a la formación de colectivos familiares, algunos de los cuales pronto lograron acaparar, gracias al aumento de su riqueza material, un poder cada vez más amplio.

Para demostrar por qué la formación gentilicia no puede dar lugar a un aparato estatal, aunque sea rudimentario, y por qué éste surge únicamente a partir de la disolución de los lazos de consanguinidad, definiremos rápidamente qué significa la formación gentilicia.

La gens representaba una unidad económica, donde el reparto del trabajo que necesitaba la colectividad se llevaba a cabo transmitiendo los cargos de dirección a individuos que, lejos de adquirir con ello una posición privilegiada y cómoda, se exponían a los mayores peligros<sup>\*\*\*</sup>, en una época en la que el

---

\* La formación gentilicia se basa en la gens, es decir, en grupos que guardan lazos de consanguinidad y se reclaman descendientes de un antepasado común, formando una tribu con formas de vida comunistas.

\*\* “Entre los bárbaros, todas las funciones tienden a fijarse en una misma familia: el tejedor, herrero, chamán o sacerdote transmite el oficio a su hijo. De esta manera nacen las castas. El jefe que se encarga de mantener el orden interno y la defensa externa lo eligen todos los habitantes, pero poco a poco se acostumbran a elegirlo entre los miembros de una misma familia, que termina designándose a sí misma como jefe de la comunidad, saltándose la formalidad de la elección.” (Lafargue, *“El origen de la propiedad”*).

\*\*\* En su libro sobre la propiedad, Lafargue demuestra que “sería un error pensar que las funciones del jefe fuesen en principio un privilegio envidiable, todo lo contrario, eran tareas pesadas y peligrosas. Los jefes eran los responsables de todo. La carestía, para los escandinavos, era una señal de la ira de los dioses, de la que culpaban a su rey, que era inmediatamente depuesto y a veces sacrificado. Estas funciones eran tan poco atractivas que el elegido por la asamblea

modo de producción, es decir, la relación entre el hombre, la sociedad y las fuerzas de producción, aún se basaba en la propiedad colectiva. En la formación gentilicia, por tanto, el reparto del poder no se basa en los privilegios, sino todo lo contrario: se obliga a sus miembros a encargarse de lo que nadie quiere.

La formación gentilicia no tiene nada que ver, pues, con una organización estatal, que **presupone un cierto dominio en el seno de la sociedad, que el Estado debe conservar y aumentar.**

\*\*\*

En uno de los capítulos, Engels explica el origen del Estado ateniense, calificándolo como “un ejemplo particularmente típico de cómo se forma un Estado, pues por un lado se desarrolla en toda su pureza, sin violencia interna o externa –la corta duración de la usurpación de Pisístrato no dejará huella tras de sí– y, por otro lado, vemos cómo a partir de la formación gentilicia surge un Estado muy perfeccionado: la república democrática.”; Engels subraya que “una forma esencial y típica que adopta el Estado es la de fuerza pública separada del pueblo.” Además, demuestra que éste último se ve obligado a organizar la sociedad en base a la subdivisión del territorio y no al grupo consanguíneo. Esta evolución se va desarrollando de manera concreta en las tres constituciones del Estado ateniense. La de Teseo, que empieza a provocar la evolución de la gens, que va perdiendo su carácter de grupo consanguíneo; la de Solón, que bajo el impulso de la economía monetaria y siempre conservando las cuatro tribus consanguíneas, divide a la población en cuatro clases, según la propiedad de la tierra; y por último la de Clístenes, que pretende ignorar las cuatro antiguas tribus basadas en la gens y las fratrías (confederaciones de gens y de tribus) y sustituirlas por una organización completamente nueva basada en la división de los ciudadanos (ya separados en naucrarías, es decir, pequeñas circunscripciones militares y territoriales a razón de 12 por tribu) según su lugar de residencia. Y Engels dice a este respecto: “Ya no era el hecho de pertenecer a un grupo de consanguinidad lo que contaba, sino sólo el domicilio; ya no era el pueblo, sino el suelo, el que les dividía; los habitantes pasaron a estar políticamente sujetos a su territorio.” Para que el Estado pudiera desarrollarse había que romper los lazos gentilicios, incompatibles con una economía monetaria y con el dominio de unos grupos sobre otros, y estas constituciones lograron acabar con ellos.

\*\*\*

La época de la barbarie ya pasó, y con ella el modo de producción que permitía al hombre relacionarse directamente con los medios de producción. En esta época, la propiedad común (los escasos bienes muebles eran de uso y propiedad privada) era reflejo directo de esta situación, en la que el carácter aún primitivo de los medios de producción (caza, pesca) no daba lugar a necesidades que fueran más allá de una alimentación rudimentaria. Con la aparición de las industrias, del intercambio, de la moneda, irán surgiendo nuevas necesidades que es imposible satisfacer para toda la sociedad y, paralelamente, la voluntad de ciertas familias, primero, y de las clases después, de monopolizar los instrumentos de producción.

Una vez superada esta fase, el modo de producción cambia radicalmente. Las nuevas formas de producción no permiten que se establezca una relación directa entre el hombre y los medios de producción. Ahora sólo una minoría se beneficia de la producción de todos, y así surge la necesidad de un órgano que consagre el dominio de la clase dominante y someta al resto de formaciones sociales. Estas son las condiciones sociales que engendran el Estado.

Pero, como decía Lafargue, las fuerzas económicas que conducen a la división de la sociedad en clases, el dominio capitalista, llevan consigo las condiciones para un “retorno al comunismo”, pues “la humanidad no progresa en línea recta, como creía Saint-Simon; al igual que los cuerpos celestes alrededor de su centro de atracción y las hojas en un tallo, su camino describe una espiral cuyos círculos se amplían

---

popular no podía negarse a cumplirlas si no quería ser desterrado y que le demolieran su casa, el bien sagrado e inviolable de la familia.” (También se puede consultar el capítulo dedicado a las tribus iroquesas del libro de Engels: “*Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*”).

continuamente. Llega necesariamente a unos puntos determinados y es entonces cuando pueden reaparecer formas sociales anteriores que creíamos extinguidas para siempre; pero sólo reaparecen profundamente modificadas por la ininterrumpida sucesión de fenómenos económicos y sociales que se han producido en el trascurso del movimiento. La civilización capitalista, que ha reintroducido el colectivismo, encamina fatalmente a la humanidad hacia el comunismo. El hombre, partiendo del comunismo simple y burdo de los tiempos primitivos, retorna a un comunismo complejo y científico; es la civilización capitalista la que desarrolla los elementos necesarios, tras arrebatarse a la propiedad su carácter individual. Los instrumentos de producción, que durante el periodo de la pequeña industria estaban dispersos y eran propiedad privada de los artesanos, les son arrancados de sus manos, son centralizados, reunidos en gigantescas fábricas y en colosales granjas. El trabajo pierde su carácter individual. El artesano trabajaba individualmente, el proletario trabaja en comunidad en el taller; el producto pasa de ser fruto de un trabajo individual a ser el resultado de un trabajo común.”

Estas consideraciones históricas nos permiten definir dos principios que nos parecen fundamentales en la doctrina marxista del Estado: 1º) son los instrumentos de trabajo los que plantean las condiciones para la división de la sociedad en clases; 2º) son las clases las que, más tarde, dan lugar al Estado.

El hecho de que el Estado parezca estar “al margen de las clases” no es algo que provoque la clase dominante (que evidentemente aprovecha esto para engañar a los explotados), ni es una virtud intrínseca del Estado, sino que, como demostró Engels hablando del Estado ateniense en general, es un resultado directo de la imposibilidad de establecer lazos entre el hombre y los medios de producción, en el momento en que la industrialización de estos determina dos efectos contradictorios, como son la extensión de la producción, por una parte, y por la otra que sólo una minoría de la población puede apropiarse de esta producción ampliada.

La relación entre la clase y el Estado, por tanto, no es sólo una simple coincidencia o un hecho histórico que se puede invertir, afirmando que el Estado genera la clase; pues como ya subrayamos en el primer capítulo, la clase precede al Estado en tanto que resultado directo de esa fase de la evolución de la sociedad humana en la que el monopolio de los medios de producción se hace necesario para consolidar un privilegio y conformar, para la conservación de éste, la organización de toda la sociedad. Es evidente que el Estado es un instrumento necesario para que una clase se instale en el poder y lo conserve. Pero si con la excusa de que la realidad histórica no es más que algo circunstancial, un proceso unitario en el que se pueden invertir indistintamente los papeles de sus componentes, alteramos su relación y afirmamos que la clase es un instrumento del Estado, no sólo abofeteamos toda la teoría marxista (“La historia de toda sociedad, hasta el presente, no ha sido sino la historia de la lucha de clases”, **Manifiesto Comunista**), sino que también convertimos la realidad actual en un galimatías incomprensible. En tal caso, tendríamos que admitir que si existe un Estado fascista, democrático o soviético, existe una clase fascista, democrática o soviética, y que el modo de producción no lo determinan las relaciones entre los hechos sociales y jurídicos y los medios de producción, sino la relación que existe entre las clases y el Estado.

Además, el hecho de que el Estado aparentemente se sitúe “por encima de las clases” es algo inherente a cualquier forma estatal: es resultado del vacío que separa al conjunto de la población de la masa de productos, vacío que va a ocupar la clase que, adueñándose de los medios de producción, controla esta masa de productos. Esta separación del Estado respecto a las clases, por otra parte, tal y como Engels demostró, es lo que permite construir un Estado. En efecto, históricamente los lazos de consanguineidad son sustituidos por los territoriales, no porque la gens se transforme formalmente en una colectividad familiar o en una circunscripción territorial, **sino porque la propia sustancia de la nueva organización social se ha transformado**. Antes, la división del trabajo que se repartía espontáneamente entre los miembros de la gens, y luego hay que imponer una coerción que no puede realizarse sobre la base de la consanguineidad y la propiedad comunista: la unidad económica de la gens se destruye para siempre. Y como los lazos de consanguineidad no pueden dar lugar a las clases, estas surgen como resultado del mecanismo económico. En las conclusiones de su libro sobre el origen de la familia, como ya hemos dicho, Engels habla de la



posibilidad de que “las clases en lucha puedan llegar a un equilibrio”. En nuestra opinión, Engels no afirma que el Estado (aunque sea temporalmente) adquiere así una función de mediador, sino que señala que cuando se dan las circunstancias en las que los intereses de las clases llegan provisionalmente a un cierto equilibrio, el Estado puede **parecer** un órgano mediador. Pero para Engels esto no es una fase particular de la vida del Estado, sino una fase en la vida de las clases. De hecho, cuando habla de un Estado que adquiere independencia como “mediador” **aparente**, se refiere a “clases en lucha dispuestas a llegar a un equilibrio”.

Es cierto que algunos grupos que se reclaman de la izquierda comunista interpretan que este pasaje de Engels puede explicar teóricamente el fascismo y el sovietismo, así como a las formas de gobierno que han precedido al fascismo. Pero esto contradice flagrantemente el pensamiento de Engels, como demuestra este factor esencial: hoy no atravesamos un periodo de equilibrio entre clases. La situación es completamente opuesta, las contradicciones de clase hacen que los antagonismos maduren cada vez más.

Aunque en capítulos posteriores trataremos los problemas relacionados con las formas estatales existentes, consideramos que para comprender la situación actual, la fórmula “el Estado es el órgano de una clase”, desde el punto de vista formal, no suministra una respuesta completa a los fenómenos sociales, no es una piedra filosofal, sino que significa que entre las clase y el Estado existen relaciones determinadas por la función de la clase en cuestión. En particular, en lo que respecta al proletariado, que no funda su Estado con el objetivo de someter a otras clases, el problema reside en delimitar las posiciones políticas sobre las que hay que fundar el Estado proletario en relación a la revolución mundial.

Tal y como hemos explicado, cada periodo histórico se caracteriza por la clase que está en el poder. Dado que la función del Estado viene determinada por la función de la clase y que, en general, el papel de todas las clases que han precedido al proletariado consistía siempre en establecer su dominio económico y político y adecuar a éste la forma de sociedad: “El Estado es el órgano de estas clases” en la medida en que concreta el dominio de éstas.

Para el proletariado el problema se plantea sobre bases distintas. Desde luego, si fuera posible que el proletariado llevara a cabo su insurrección en una época en que el desarrollo industrial hubiera alcanzado tal punto que permitiera pasar de un día para otro de la sociedad capitalista a la comunista (asegurando mediante el reparto de la masa de los productos la plena y libre satisfacción de las necesidades), no sería necesario fundar un Estado proletario. Pero la época de transición entre la sociedad capitalista y la comunista, la época de la dictadura del proletariado, se caracteriza por la necesidad de disciplinar y reglamentar el desarrollo de la producción (desarrollo que, incluso tras derribar al capitalismo, es insuficiente), orientándola hacia una expansión que permita instaurar la sociedad comunista. Las amenazas de restauración burguesa también dependen de esta producción aún insuficiente y de las fuerzas de producción –incluso en el periodo de la dictadura del proletariado–, y no únicamente de las veleidades reaccionarias de las clases desposeídas.

Por tanto, no se puede comprender el conjunto del papel del proletariado si no se considera que, contrariamente a las clases que le han precedido, los fundamentos de su programa así como la política de su Estado, instrumento de su dominio, no pueden hallarse ni realizarse más que en la constante perspectiva del proceso de progresiva evolución de la revolución internacional. Para el capitalismo, en cambio, la sustitución del privilegio feudal por el suyo propio, en la época de las revoluciones burguesas, podía compaginarse con la permanente coexistencia entre los Estados capitalistas y los feudales e incluso pre-feudales. Por otra parte, Marx aclaró que una de las condiciones para que el régimen capitalista se forme y se conserve es precisamente que coexistan los regímenes burgueses y las colonias, que permiten invertir la plusvalía sin provocar los fenómenos y las contradicciones propias de la economía capitalista. Por tanto, la perspectiva histórica del capitalismo de ninguna manera la puede adoptar el proletariado, pues éste no puede triunfar sino a condición de oponer a la sociedad burguesa una sociedad basada en otros principios; y ya hemos explicado que estos principios sólo pueden venir acompañados de la extensión del carácter colectivo que revisten los instrumentos de producción, hacia la sociedad comunista.

\*\*\*

El papel y el objetivo del capitalismo determinan el papel y el objetivo de sus diferentes formas de Estado: mantener la opresión para provecho de la burguesía. Por lo que respecta al proletariado, también es el papel y el objetivo de la clase obrera el que determina el papel y el objetivo del Estado proletario. Las ideas políticas de la burguesía pueden ser contradictorias, como ocurre por ejemplo con el Estado fascista y el democrático. Pero en definitiva, a la hora de saber si un país es capitalista o no, no hay que fijarse en si la política que aplican allí es capitalista: hay que fijarse en si ese Estado se levanta sobre el principio de la propiedad privada; y eso a pesar de que existan contradicciones desde el punto de vista espacial (simultaneidad de un Estado democrático y fascista: por ejemplo, Francia e Italia) y temporal (ruptura de los programas ligados a las fórmulas democráticas del siglo pasado).

De esta forma, el papel y el objetivo del proletariado, es decir, la revolución mundial, condicionan el programa, el papel y el objetivo del Estado proletario. En este caso, el criterio que sigue la política del Estado obrero ya no es independiente de su función (como es el caso de la burguesía y de todas las clases que le precedieron), sino que es un factor de capital importancia del que depende la función del Estado proletario y, en definitiva, su labor de apoyo a la Revolución mundial.

Teniendo en cuenta que el Estado, en definitiva, no es más que un instrumento de clase y que el proletariado no puede llevar a cabo su misión más que sobre la base de una victoria a escala internacional, comprenderemos mejor que la naturaleza de clase del Estado proletario no garantiza en absoluto que este Estado vaya a desempeñar un papel proletario. Este Estado no es más que uno de los instrumentos de lucha del proletariado, aunque es cierto que es uno de los más importantes. Existen otros instrumentos de lucha proletaria también ofrecen una aparente contradicción entre su naturaleza de clase y la política que aplican. No es el caso del partido, pues sus miembros no proceden de una clase en concreto, pero sí el de los sindicatos, pues aunque están fundados sobre principios de clase y conservan esa naturaleza, cuando están bajo dirección reformista, aplican una política opuesta a los intereses del proletariado y la revolución. Esto que les ocurre a los sindicatos, que ya sucedió antes de la guerra y sigue sucediendo actualmente, es lo que le ocurre también al Estado soviético. El sindicato, a pesar de su naturaleza proletaria, puede elegir dos vías: una política de clase que le enfrente constante y progresivamente al Estado capitalista y una política de llamamientos a los obreros para que mejoren su suerte mediante conquistas graduales (reformas), “puntos de apoyo” en el seno del Estado capitalista. Cuando los sindicatos pasaron abiertamente al otro lado de la barricada en 1914, se demostró que el resultado de la política reformista era justamente el contrario del que pretendía: era el Estado el que poco a poco iba conquistando los sindicatos hasta convertirlos en instrumentos para desencadenar la guerra imperialista. Lo mismo le ocurre hoy al Estado obrero frente al sistema capitalista mundial. También tiene ante sí dos caminos: seguir una política interior y exterior dependiente de la Internacional Comunista, conquistando posiciones siempre más avanzadas en la lucha por el derrocamiento del capitalismo mundial, o bien seguir una política opuesta, que consiste en llamar al proletariado ruso y al de todos los países para que apoyen la progresiva penetración del Estado ruso en el sistema capitalista mundial, que llevará al Estado obrero a ligar su suerte con la del capitalismo cuando las situaciones lleguen a su desenlace: la guerra imperialista.

En el capítulo dedicado a la clase, hemos aclarado que las clases tienen un carácter mundial. Esto nos permite comprender cómo es que el Estado ruso, ejerciendo su dominio sobre un territorio en el que se verifica, según el Manifiesto Comunista, “la fórmula en la que se puede resumir la teoría comunista: **abolición** de la propiedad privada”, puede jugar un papel contrarrevolucionario en lo que respecta a los intereses del proletariado ruso y el proletariado mundial. En la situación actual, es evidente que la clase que domina desde el punto de vista mundial es el capitalismo. Si el Estado obrero hubiera aplicado la política que se desprendía del programa de Octubre de 1917, habría provocado en todas las fuentes de la sociedad capitalista, también las atrasadas y coloniales, una oposición entre dos tipos de sociedades, entre dos mundos. Y esto habría provocado la eclosión de una guerra de clases mundial que podría haberse apoyado en el Estado obrero. La política contrarrevolucionaria sancionada en 1927, tras la expulsión de las izquierdas

marxistas, no puede llevar más que a esta otra salida: en todas las sociedades capitalistas, así como también en la soviética, las contradicciones de clase desembocarán en el aplastamiento del proletariado internacional, en la evolución del mundo capitalista hacia la guerra, con la que la política del Estado obrero llegará a su culminación: la traición.

---

## EL COMUNISMO Y LA CUESTIÓN NACIONAL

En el seno del proletariado revolucionario y comunista, las discusiones a menudo tratan sobre la cuestión de los “principios”, sobre la supuesta contradicción entre estos y la acción, es decir, entre la teoría y la práctica. No es fácil entender claramente este problema. Sin embargo, si no se comprende, toda crítica y toda polémica se convierten en confusión estéril.

Tanto el viejo oportunismo como el nuevo, que tratan de reducir el alcance de la teoría marxista, que condena y barre todas las ideas innatas y eternas (en las que supuestamente se basaría la conducta humana), hablan de una política carente de principios fijos. El revisionismo clásico de Bernstein, que se incorporó hábilmente al movimiento proletario mientras aparentaba dejar intacta la doctrina revolucionaria de Marx, declaraba: “el movimiento lo es todo, el fin no es nada”. Veremos inmediatamente qué significa eso de que “el fin no es nada” y si es posible prescindir de los principios; veremos también por qué, para el comunismo marxista, los principios no son sino “fines”, es decir, la meta de su actividad. Y no es una paradoja relacionar los “principios” con los “fines”. Cuando el reformismo oportunista se aleja de estos vastos objetivos y guarda la doctrina del movimiento en el desván, lo único que puede hacer es hablar de los problemas actuales que hay que resolver, empíricamente, de cara al futuro inmediato.

Pero si eliminamos las normas y las guías permanentes, ¿en qué criterio nos basaremos a la hora de actuar? Esto es lo que habría que preguntar a los viejos y los nuevos falsificadores, cuyas obras hemos visto desfilar ante nosotros, renovándose constantemente. ¿En base a los intereses de qué “sujeto” se desplegará la acción? El oportunismo (que era y es un “obrerismo” que reemplaza la práctica y la doctrina de la revolución proletaria) decía que la acción proletaria debía inspirarse en los intereses obreros, que según él eran los intereses particulares y corporativos de los trabajadores, y satisfacerlos del modo más sencillo, fácil y breve. De esta forma, las soluciones a los problemas de la acción dejaban de depender de todo el conjunto del movimiento proletario y de su camino histórico, y se situaban en un terreno limitado a pequeños segmentos de la clase obrera y a las etapas iniciales de su camino. Actuando así, el revisionismo abandonaba toda disciplina hacia los principios, de manera más o menos acentuada, pero no por ello dejaba de proclamar su fidelidad al verdadero espíritu del marxismo, que para él consistía en malograr la doctrina y dar al movimiento un carácter ecléctico.

A través de las complejas experiencias de los trabajadores, a lo largo del desarrollo del movimiento proletario, la lucha contra estas desviaciones ha revestido y revestirá aspectos muy relevantes; pero aunque esta forma de presentar y resolver los problemas y las cuestiones ha sido criticada muchas veces, también ha ido hallando formas cada vez más atractivas con las que embaucar la acción del proletariado. No nos vamos a dedicar aquí a refutar estas teorías de manera general, sino solamente en lo que respecta a un problema particular: esto hará nuestra postura más inteligible.

Nosotros, es decir, la izquierda marxista, hemos demostrado muchas veces el vulgar truco del que se vale el oportunismo: su supuesta aversión a los principios, a los “dogmas” como los llaman vulgarmente, se limita sencillamente a una obediencia obstinada y ciega a los “principios” de la ideología burguesa y contrarrevolucionaria. Los prácticos, los realistas, los que están hastiados del movimiento proletario, cuando llega el momento, se presentan como los más beatos promotores de las ideas burguesas, a las que pretenden subordinar el movimiento proletario y todos los intereses de los trabajadores.

La crítica teórica, poniendo de relieve esta circunstancia típica, procede al mismo tiempo a desenmascarar la política del oportunismo socialista en tanto que forma de actividad burguesa, y de sus jefes en tanto que agentes del capitalismo en las filas del proletariado. Al inicio de la guerra mundial, algunos defendieron (teóricamente) la derrota estrepitosa de la internacional oportunista con unos argumentos sorprendentes desde el punto de vista de la teoría y la propaganda socialista. Revelaciones inesperadas, sensacionales “descubrimientos”. Quienes negaban que el socialismo tuviera principios doctrinales y programáticos ahora quitaban al socialismo su originalidad en eso de ser un movimiento sin principios, pues había que subordinarlo, adherirlo incondicionalmente a ciertas tesis hasta entonces extrañas al socialismo y que merecían ser demolidas polémicamente de manera definitiva. El socialismo quedaba reducido a una “sub-escuela” dentro del movimiento de la izquierda burguesa, se adhería a la ideología de la llamada democracia, a la que ya no consideraba, como afirman los enunciados más elementales del marxismo, una doctrina política adecuada para los intereses de las clases burguesas, sino algo progresista comparado con la política capitalista dominante. Los traidores de la Internacional “descubrieron” unos principios con los que hacernos frente y con los que supuestamente había que prejuzgar la acción del proletariado. Afirmaban que había que sacrificar inexorablemente todos los intereses, incluso los inmediatos y los de esos grupos particulares que supuestamente antes defendían. Empezaron a agitar tres principios: el de la libertad democrática, el de la guerra defensiva y el de las nacionalidades.

Hasta entonces, los oportunistas siempre habían dado muestra de una cierta ortodoxia teórica, hablando a las masas de lucha de clases, de socialización de los medios de producción y de abolición de la explotación del trabajo. El súbito “descubrimiento” de nuevos principios sorprendió al proletariado, conmocionó su conciencia de clase y su ideología revolucionaria, sabotó la posibilidad de movilizarse ideológicamente en un sentido clasista, y paralelamente, encubrió la evidente alianza entre los cuadros dirigentes de las grandes organizaciones obreras y la burguesía, suprimiendo de golpe toda posibilidad de reagrupamiento o plataforma para rectificar la acción socialista de la clase obrera mundial.

Pudimos ver entonces (pocos militantes supieron, y aún fueron menos los que pudieron expresar su indignación y su protesta) de qué se trataba: el proletariado socialista debía abandonar los principios cuando estos eran los de su doctrina de clase, pero en cambio debía inclinarse ante ellos beatamente cuando se trataba de los principios de la ideología burguesa, esas ideas fundamentales que las clases dominantes transforman en una religión para justificar sus intereses.

La traición al contenido de la doctrina marxista no podía ser más cínica.

Para dar una idea de los procedimientos que se emplearon en esta incorporación descarada de elementos extraños y opuestos a las más simples formulaciones de la doctrina socialista, citaremos un ejemplo. Conocemos naturalmente el conocido párrafo del *Manifiesto Comunista* que dice que el proletariado no tiene patria y que sólo puede constituirse en Nación –en un sentido muy distinto además que la burguesía– cuando conquista el poder político. Pues bien, uno de los propagandistas más conocidos del Partido Socialista Italiano, el “técnico” de la propaganda del viejo partido, Paolini, rechazaba este argumento con esta afirmación: para conquistar el poder político primero hay que conquistar... el sufragio democrático; allí donde el proletariado disfruta del derecho de voto, también tiene una patria y unos deberes para con su Nación. Esta tesis, que no necesita comentarios, demuestra que la II Internacional o bien encargaba su propaganda marxista a unos tremendos idiotas o a unos grandes sinvergüenzas.

Nosotros no nos tomamos en serio la filosofía burguesa y su humanitarismo jurídico. En el concepto comunista, la demolición teórica de esta filosofía viene acompañada de un programa político del proletariado que liquida toda ilusión acerca de la posibilidad de emplear los medios liberales y libertarios de cara a su objetivo revolucionario: la supresión de la sociedad dividida en clases. El supuesto derecho legal de todos los ciudadanos en el Estado burgués no es más que la traducción del principio económico de la “libre concurrencia” y la igualdad en el mercado entre vendedores y compradores de mercancías. Esta nivelación significa, en realidad, que se han consolidado las posiciones apropiadas para que se instaure y conserve la opresión y explotación capitalistas. En relación a esta crítica fundamental que ofrece el pensamiento socialista, si adoptamos como guía de la política proletaria y socialista frente a la guerra el grado mayor o menor de “libertad democrática” que existe en los países enfrentados, sencillamente estamos empleando criterios burgueses y anti-proletarios. Por tanto, no insistiremos más sobre el primero de los tres principios que hemos mencionado más arriba. Los dos principios restantes derivan de la misma errónea interpretación teórica: distinguir entre guerras justas e injustas, según sean guerras de anexión o de defensa, o si su objetivo es dar a un determinado pueblo el gobierno que supuestamente desean la mayoría de las masas. Esto supone tragarse que las relaciones entre los Estados y lo individuos se rigen por los principios democráticos.

Estos son los principios que esgrime la burguesía para crear entre las masas populares una ideología adecuada para su dominio, ocultando sus fundamentos implacablemente egoístas. Mientras que en el moderno Estado capitalista la democracia electoral consiste, de hecho, en un sistema de sanciones jurídicas y normas constitucionales que desde nuestro punto de vista no suministran ninguna garantía efectiva para el proletariado, que en los momentos decisivos de la lucha de clases hallará enfrente a todo el aparato del Estado, en las relaciones internacionales no existen sanciones y convenciones que respondan a una aplicación formal de los principios que derivan de la teoría democrática.

Para el régimen capitalista la instauración de la democracia en el Estado fue una necesidad inherente a su desarrollo; pero no ocurre lo mismo con las fórmulas extraídas de la teoría democrática sobre las relaciones internacionales, fórmulas que esgrimen los ideólogos promotores de la paz universal basada en el arbitraje, la división de fronteras según las nacionalidades, etc.

A primera vista, este es un argumento que se presta perfectamente al juego de los oportunistas, que presentan a los grupos capitalistas como adversarios de estas reivindicaciones políticas; en realidad, estos defensores de las teorías puramente burguesas lo que hacen es que el proletariado dé crédito a dichas teorías. Pero el argumento suele volverse en contra de los oportunistas.

Efectivamente, es absurdo pensar que el Estado burgués modificará su postura internacional cuando el proletariado socialista cese su oposición y, en nombre de la “Unión Sagrada”, abandone su independencia, dejando así al Estado las manos libres para defender sus intereses y su supervivencia. En segundo lugar, el juego criminal de los social-traidores se revela aún más imprudente: frente a las supuestas “utopías” de los programas revolucionarios, abogan por plantear objetivos inmediatos, asumir las posibilidades reales. Y para subordinar la orientación del movimiento proletario, pasan a defender unos objetivos que no sólo carecen de contenido clasista y socialista, sino que son completamente irreales e ilusorios.

Dan crédito a unas ideas que la burguesía no realizará jamás, aunque le interesa que las masas confíen en ellas. Así pues, la política de los oportunistas impide que la evolución efectiva y práctica de las situaciones avance aunque sea “un pasito”. ¡Se revela como la movilización ideológica de las masas en un sentido burgués y contrarrevolucionario y nada más!

En lo que respecta al principio de las nacionalidades, no es difícil demostrar que nunca ha sido otra cosa más que una frase para agitar a las masas y, en la mejor de las hipótesis, una ilusión de ciertas capas de intelectuales pequeño-burgueses. Si el desarrollo de grandes unidades estatales fue algo necesario para el

desarrollo del capitalismo, también es cierto que ninguna de esas unidades se formó sobre la base del famoso principio nacional, que por otra parte es muy difícil de definir concretamente. Un escritor que ciertamente no es un revolucionario, Vilfredo Pareto, en un artículo que apareció en 1918, criticó el supuesto “principio de las nacionalidades”. Mostró que es imposible definirlo satisfactoriamente, así como la flagrante insuficiencia de algunos criterios que parecía que podían caracterizarlo (el étnico, lingüístico, religioso, histórico, etc.). En definitiva, las diferentes definiciones se contradicen entre ellas o en los resultados a los que llegan. Pareto hacía también una observación evidente, que nosotros ya hicimos durante las polémicas de la época de la guerra: la mejor solución a los problemas nacionales no son los plebiscitos, pues el poder que logre establecer los límites territoriales en los que se realizará la votación podrá controlar el resultado de ésta, y llegamos así a un círculo vicioso.

No hace falta que contemos aquí las polémicas que surgieron hace nueve años. En aquella época, a los internacionalistas no les fue fácil demostrar que los principios que invocaban los social-patriotas se prestaban a todo tipo de aplicaciones contradictorias. Cualquier Estado, en caso de guerra, puede decir que se trata de una guerra defensiva, pues quizá el país agresor sea el que termine “sucumbiendo bajo la invasión extranjera”; en cualquier caso, el movimiento socialista revolucionario no varía sus conclusiones, ya se trate de una ofensiva militar o de la defensa; los Estados capitalistas pueden transformar la primera en la segunda. En lo que respecta a las cuestiones nacionales y separatistas, son tan complejas y numerosas que sirven para justificar alianzas muy distintas a las que se han formado en la guerra mundial.

Por tanto, aquellos tres famosos principios enumerados se contradecían singularmente a la hora de aplicarlos. Nosotros preguntamos aquel entonces a los social-patriotas si les parecía admisible que un pueblo más democrático atacara y sometiera a otro menos democrático, o si aceptaban la agresión militar para liberar regiones anexionadas a otros países y otras cosas por el estilo. Y es que estas contradicciones lógicas se traducían en que —una vez adoptadas estas tesis falaces— se podía justificar la adhesión socialista a cualquier guerra: lo cual, de hecho, sucedió. Y la táctica de la social-traición, que en todos los países empleaba los mismos argumentos, logró gracias a estos disparates alinear a los trabajadores a ambos lados del frente de guerra, los unos contra los otros.

También nos fue fácil prever que los gobiernos burgueses vencedores, cualesquiera que fuesen, no se preocuparían nunca de aplicar tras la contienda aquellos criterios que habían arrastrado al proletariado a la guerra y que según los social-nacionales garantizaban que la ésta desembocaría en esos objetivos engañosos con los que los jefes indignos embaucaban a los trabajadores.

No hay nuevos argumentos en lo que respecta a la crítica de las desviaciones social-nacionalistas y su refutación; pero más difícil se presenta y se presentaba, sobre todo en la época en la que se fundó la III Internacional, la solución positiva que había que dar a la cuestión nacional desde el punto de vista comunista. No se puede decir que las tesis del II Congreso (1920) hayan resuelto el problema, y tanto es así que el próximo Congreso, el quinto, va a ocuparse de este asunto.

Está claro que a la hora de solucionar los problemas relacionados con las posturas políticas y tácticas, la I.C. no adoptará teorías y fórmulas burguesas o pequeño-burguesas. La Internacional Comunista ha restaurado el valor de la doctrina y el método marxista, y su programa y su táctica se inspiran en ellos.

Partiendo de esta base, ¿cómo se solucionan los problemas, como por ejemplo el nacional? Queremos subrayar tres cosas elementales. Los revisionistas hablaban de examinar los acontecimientos partiendo de las situaciones contingentes y sin preocuparse de los objetivos y los principios generales. Así, llegaban a conclusiones puramente burguesas, tanto más en la medida en que no empleaban los criterios marxistas a la hora de apreciar las situaciones, ni ponían de relieve el juego de los factores económicos y sociales y las contradicciones que se derivan de los intereses de clase. A este respecto, hay quien podría afirmar que la línea comunista correcta consiste en permanecer estrictamente fieles al método marxista de

la crítica de los acontecimientos, analizando los hechos y llegando a conclusiones sin ideas preconcebidas. Para nosotros, esta respuesta es peligrosamente oportunista, pues es extremadamente indeterminada. Por otra parte, otros podrían decir que al examen marxista y clasista de una determinada situación, hay que añadir la aplicación de los principios y las fórmulas generales que se obtienen de una negación casi mecánica de las fórmulas burguesas; pero así se peca de un grosero simplismo y un erróneo radicalismo. Es cierto que las fórmulas generales y simples son indispensables para la agitación y la propaganda de nuestro partido. En cualquier caso, su peligro es menor que el de una excesiva elasticidad. Pero estas fórmulas deben ser puntos de llegada, resultados, y no puntos de partida en el examen de las cuestiones, cuya crítica a veces el partido y sus órganos supremos deben abordar y definir para poder explicar a las masas de los militantes, en términos claros y explícitos, las conclusiones. Así, por poner un ejemplo, podríamos aplicar esta idea a la fórmula “contra todas las guerras”, que en un periodo histórico dado puede ser útil para separar eficazmente a los verdaderos revolucionarios de los oportunistas que distinguen **entre unas guerras y otras**, justificando la política de cada burguesía. Pero esta fórmula: “contra todas las guerras”, ciertamente es insuficiente como enunciado doctrinal, aunque sólo sea porque su radicalismo formal, que niega toscamente la postura de la burguesía, podría llevarnos a otra ideología burguesa: el pacifismo de corte tolstoyano. De esta forma, caeríamos en una contradicción con nuestro postulado fundamental acerca del empleo de la violencia armada.

El camino marxista, que se revela como el camino adecuado para resolver todos estos problemas, no consiste ni en una cosa ni en otra. Y esto debe precisarlo mejor el partido del proletariado revolucionario, aunque ya ha dado algunas brillantes muestras de ello, como es el admirable edificio de la crítica marxista-leninista a las doctrinas democráticas burguesas y la definición de nuestro programa en lo que respecta al Estado.

Para explicar brevemente qué solución nos parece mejor, diremos que la tesis que dice que la política marxista se contenta con un simple análisis de las sucesivas situaciones (empleando un determinado método, por supuesto), sin necesidad de otros elementos, hay que rechazarla. Si estudiamos los factores de carácter económico y el desarrollo de las contradicciones de clase que se presentan en el análisis de tales problemas, hacemos algo indispensable, pero no tenemos en cuenta todos los elementos. Ciertamente, existen otros criterios que hay que tener en cuenta, criterios que podemos denominar “principios” revolucionarios a condición de no considerarlos como ideas inmanentes, dadas a priori, establecidas de una vez por todas en unas tablas “halladas” en alguna parte y que nadie sabe quién ha grabado. Si se quiere, podemos sustituir la palabra “principios” y emplear el término “postulados programáticos”: siempre se puede precisar más, y debemos hacerlo teniendo presente la necesidad lingüística de un movimiento internacional, nuestra terminología.

A estos criterios se llega partiendo de ciertas consideraciones, en las que reside toda la fuerza revolucionaria del marxismo. No podemos ni debemos resolver los problemas de los estibadores de Londres o de los trabajadores finlandeses, por ejemplo, únicamente a través del estudio, empleando un método determinista, considerando las cuestiones de carácter espacial y temporal que hay que plantearse para solucionar el problema inmediatamente. Hay un interés superior que guía nuestro movimiento revolucionario, y los intereses parciales no deben entrar en contradicción con su desarrollo histórico. Y es que este interés general no surge directamente de los problemas particulares que afectan a ciertos grupos del proletariado en ciertas situaciones. En resumen, este interés general es **el interés de la revolución proletaria**. Es decir, el interés del proletariado considerado como clase mundial dotada de unidad y de tareas históricas, que tiende a un objetivo revolucionario: el derrumbamiento del orden burgués. Podemos y debemos resolver los problemas particulares en función de este objetivo superior.

La manera de conjugar las soluciones particulares con este objetivo general se concreta en los fundamentos que ha adquirido el partido, que son los pilares de su programa y sus medios tácticos. Estos fundamentos no son dogmas inmutables revelados, sino que son a su vez los resultados del examen general

y sistemático de la situación de toda la sociedad humana en el actual periodo histórico, en el que hay que tener en cuenta todos los elementos que se desprenden de nuestra experiencia. No negamos que este examen progresa continuamente y que las conclusiones a las que llega se van reelaborando, pero lo cierto es que no podríamos existir como partido mundial si la experiencia histórica por la que ya ha pasado el proletariado no permitiera a nuestra crítica construir un programa y un conjunto de reglas de conducta política. No podríamos existir sin ello, ni nosotros como partido ni el proletariado como clase histórica con una conciencia doctrinal y una organización de lucha.

Allí donde nuestra posición táctica presenta lagunas y es previsible que se revise parcialmente en un futuro, sería un error proceder a esta revisión renunciando a los fundamentos y los principios que “limitan” las acciones que se pueden llevar a cabo en determinadas situaciones en los diferentes países. La elaboración de unas fórmulas positivas, aunque no fuesen perfectas, sería un error infinitamente menor, pues la claridad y precisión así como la máxima continuidad posible de tales fórmulas de agitación y acción son una condición indispensable para el fortalecimiento del movimiento revolucionario. A esta afirmación, que a algunos les puede parecer arriesgada y excesivamente abstracta, hay que añadir que los elementos que la historia de la lucha de clases nos ha proporcionado hasta el estallido de la guerra y la revolución rusa permiten al partido comunista mundial colmar todas las lagunas y llegar a soluciones satisfactorias: lo que evidentemente no quiere decir que no tengamos nada que aprender en el futuro o que no tengamos que comprobar continuamente la validez de nuestras posiciones con la práctica política. Negarse a “codificar” sin vacilación el programa y las reglas tácticas y organizativas de la Internacional sería arriesgarnos a los peligros del oportunismo, pues nuestra acción correría el riesgo de refugiarse mañana en principios y reglas burguesas, completamente erróneas y ruinosas para la nuestra “libertad” de acción.

Concluimos de esta forma: los elementos que permiten dar una solución marxista a los problemas de nuestro movimiento son el conjunto de posiciones contenidas en nuestra visión general del proceso histórico, posiciones orientadas al triunfo revolucionario final y general; un estudio marxista de los elementos que se desprenden de nuestro examen. Este conjunto de posiciones deriva dialécticamente del examen de los elementos, de **todos** los elementos históricos y sociales accesibles. Para el partido revolucionario, este conjunto no reviste un carácter dogmático, pero sí un alto grado de continuidad histórica, una continuidad que nos separa de todos los oportunistas y que, dicho de otra manera, también se refleja en nuestra coherencia doctrinal y táctica, que podríamos calificar de monótona incluso, pero que no obstante nos sirve para separarnos de los traidores y los renegados de la causa revolucionaria.

\*\*\*

Nos ocuparemos ahora de la cuestión nacional, sobre todo como ejemplo a la hora de aplicar el método que hemos señalado. El examen de esta cuestión y la descripción de los elementos en los que se condensa están presentes en las tesis del II Congreso, que se refieren precisamente a la situación del capitalismo mundial y la fase imperialista que atraviesa.

Este conjunto de elementos debe examinarse teniendo en cuenta el balance general de la lucha revolucionaria. Un elemento fundamental es que el proletariado pueda disponer, además de un ejército, de unos partidos comunistas en todos los países y de la ciudadela del Estado obrero: Rusia. El capitalismo tiene sus fortificaciones en los grandes Estados, y sobre todo en los que han salido vencedores de la guerra mundial, entre los cuales un pequeño grupo controla la política internacional. Estos Estados luchan contra las consecuencias del desequilibrio general que ha provocado en la economía burguesa la gran guerra imperialista, así como contra las fuerzas revolucionarias que se asignan como objetivo derrocar el poder.

Uno de los recursos contrarrevolucionarios más importantes de los que disponen los grandes Estados burgueses en su lucha contra el desequilibrio general de la producción capitalista es su influencia sobre dos grupos de países: por un lado sus colonias de ultramar, y por otro los pequeños países de raza



blanca y economía atrasada. La gran guerra, que se ha presentado como el movimiento histórico que ha logrado la emancipación de los pequeños pueblos y la liberación de las minorías nacionales, ha desmentido estrepitosamente esta ideología en la que los socialistas de la II Internacional creían o fingían creer. Los nuevos Estados surgidos en Europa central no son sino vasallos de Francia e Inglaterra, mientras que los Estados Unidos y Japón consolidan cada vez más su hegemonía sobre los países menos poderosos de sus respectivos continentes.

A este respecto no puede haber duda alguna: la resistencia a la revolución proletaria se concreta en el poder de algunos grandes Estados capitalistas; una vez se derriben estos, el resto se derrumbará ante el proletariado vencedor. Si en las colonias y los países atrasados existen movimientos sociales y políticos dirigidos contra los grandes Estados en los cuales participan las capas burguesas, partidos burgueses y semi-burgueses, estos movimientos son un factor revolucionario desde el punto de vista del desarrollo de la situación mundial en la medida en que contribuyen a la caída de las principales fortalezas capitalistas. Si tras el derrumbamiento de los grandes Estados sobrevive algún poder burgués en estos pequeños países, estos serían derrotados por la fuerza del proletariado de los países más avanzados, aunque el movimiento proletario y comunista local parezca débil y esté dando sus primeros pasos.

No podemos considerar como un criterio proletario la idea del desarrollo paralelo y simultáneo de la fuerza proletaria y de las relaciones entre las clases y los partidos en todos los países. Este criterio está más bien relacionado con aquella concepción oportunista acerca de una supuesta simultaneidad de la revolución, en base a la cual se llegó a negar el carácter proletario de la revolución rusa. Los comunistas no piensan en absoluto que el desarrollo de la lucha vaya a seguir el mismo camino en todos los países. Conocen las diferencias que hay que tener en cuenta a la hora de considerar los problemas nacionales y coloniales, pero coordinan su solución hacia el único interés del movimiento, la destrucción del capitalismo mundial.

Las tesis de la Internacional Comunista, que plantean que es el proletariado comunista mundial y su primer Estado quienes deben guiar el movimiento de rebelión de las colonias y los pequeños pueblos contra las metrópolis capitalistas, aparecen pues como el resultado de un vasto examen de la situación y de una valorización del proceso revolucionario en perfecta correspondencia con nuestro programa marxista. Se coloca muy lejos de la tesis oportunista y burguesa que dice que los problemas nacionales hay que resolverlos previamente, antes de hablar de la lucha de clases, es decir, empleando el principio nacional para justificar la colaboración entre clases, tanto en los países atrasados como en los países capitalistas desarrollados, y defendiendo la recuperación de la soberanía y la libertad nacional. Pero el método comunista no se limita a afirmar banalmente: los comunistas deben actuar en sentido opuesto a la corriente nacional, en cualquier circunstancia. Esto no tendría sentido y sería simplemente negar metafísicamente el criterio burgués. El método comunista se opone a este último “dialécticamente”, es decir, que parte del factor de la clase a la hora de juzgar y resolver el problema nacional. El apoyo a los movimientos coloniales, por ejemplo, deja de ser prácticamente colaboración de clases cuando, a la vez que recomendamos el desarrollo autónomo e independiente de los partidos comunistas en las colonias para que estén preparados a superar a sus aliados momentáneos –mediante un trabajo independiente de formación ideológica y organizativa–, exigimos sobre todo “al partido comunista de la metrópoli” que apoye los movimientos de rebelión. Esta táctica es tan poco colaboracionista que la burguesía la juzga como anti-nacional, derrotista y alta traición.

La tesis nº 9 (II Congreso) dice que, si no se parte de esa base, la lucha contra la opresión colonial y nacional no es más que una bandera falsa, como lo era para la II Internacional; y la tesis nº 11, epígrafe E, insiste en ello afirmando “que es necesario emprender una lucha decidida contra los intentos de disfrazar de comunista a los movimientos revolucionarios separatistas de los países atrasados que no son realmente comunistas”. Esto demuestra que nuestra interpretación es correcta.

La necesidad de destruir el equilibrio de las colonias se deriva de un examen estrictamente marxista de la situación del capitalismo, pues la explotación y la opresión de los trabajadores de color se convierten en un medio para aceder a la explotación del proletariado de la metrópoli. Aquí surge una nueva diferencia radical entre nuestro criterio y el de los reformistas. Estos últimos se afanan en demostrar que las colonias también son una fuente de riqueza para los trabajadores de la metrópoli, pues ofrecen un mercado para los productos. De aquí extraen nuevas razones para la colaboración de clases, afirmando en muchos casos que el principio de las nacionalidades se puede violar si es para “difundir la civilización” burguesa y para acelerar la evolución del capitalismo. Este intento de modificar el marxismo revolucionario en la práctica se reduce a otorgar al capitalismo prorrogas cada vez más largas, afirmando que el capitalismo aún tiene una larga tarea histórica, cosa que nosotros discutimos, defendiendo que es el momento de acabar con él desencadenando un ataque revolucionario.

Los comunistas emplean las fuerzas que se dirigen hacia la ruptura del patrocinio de los grandes Estados sobre los países atrasados y coloniales porque consideran que es posible echar abajo las fortalezas de la burguesía y confiar al proletariado socialista de los países más avanzados la tarea histórica de conducir a un ritmo acelerado el proceso de modernización de los países atrasados, no ya explotándoles, sino logrando la emancipación de los trabajadores locales contra la explotación externa e interna.

Esta es, a grandes rasgos, la correcta posición de la I.C. ante el problema que estamos tratando. Pero es importante ver claramente el camino por el cual se llega a estas conclusiones para evitar relacionarlas con esa fraseología caduca de la burguesía sobre la libertad nacional y la igualdad nacional, ya denunciada en la primera de las tesis citadas como un sucedáneo del concepto capitalista sobre la igualdad de los ciudadanos de todas las clases. Y es que estas nuevas conclusiones (nuevas en cierto sentido solamente) del marxismo revolucionario presentan a veces el peligro de exagerarse y desviarse.

Por dar algún ejemplo: nos parece que es inadmisibile, partiendo de estas bases, que en Alemania se plantee un acercamiento entre el movimiento comunista y el movimiento nacionalista y patriótico.

La presión que han ejercido los Estados de la Entente sobre Alemania, de manera además tan aguda y vejatoria como hemos presenciado recientemente, no basta para que podamos considerar a Alemania como un pequeño país capitalista atrasado. Alemania es un gran país formidablemente equipado desde el punto de vista capitalista, donde el proletariado está más que desarrollado, tanto social como políticamente. Por tanto no se puede confundir su situación con las condiciones que hemos considerado más arriba. Baste esta afirmación para ahorrarnos un examen más amplio de esta importante cuestión, examen que merece hacerse aparte y no sumariamente.

Tampoco se refuta nuestra argumentación afirmando que en Alemania el alineamiento de las fuerzas políticas se presenta de tal forma que mientras la gran burguesía no da muestras de una actitud nacionalista acentuada, sino que tiende a coaligarse con las fuerzas de la Entente para una acción contrarrevolucionaria en detrimento del proletariado alemán, el movimiento nacionalista se alimenta de las capas pequeño-burguesas descontentas e inquietas, también económicamente, y que preparan esta solución capitalista. El problema de la revolución desencadenada en Berlín no puede relacionarse sólo –lo que es reconfortante– con Moscú, sino también con París y Londres. Para combatir la Entente capitalista de Alemania y los Aliados no sólo contamos con la fuerza del Estado soviético, sino también y en primer lugar con la alianza entre el proletariado alemán y el de los países occidentales. Este es un factor tan importante para el desarrollo de la revolución mundial que sería un grave error comprometerlo con una acción revolucionaria en Francia o Inglaterra en un momento inoportuno. Y esto es lo que sucedería si se convirtiera la cuestión de la revolución alemana, aunque sólo fuera en parte, en una cuestión de liberación nacional, incluso sin la colaboración de la gran burguesía. La desproporción entre la madurez de la actividad del partido comunista alemán y la del francés o inglés desaconseja esta postura errónea, que consiste en oponer al anti-patriotismo de la burguesía alemana un programa nacionalista de revolución proletaria. La

ayuda de la pequeña-burguesía alemana (que ciertamente hay que saber encauzar empleando una táctica muy distinta a la del “nacional bolchevismo” y teniendo en cuenta la situación de ruina económica de las clases medias), sería completamente inútil si el capitalismo francés y británico tienen las manos libres en el interior para actuar más allá de sus fronteras, lo que sólo se puede evitar con una postura internacionalista frente al problema de la revolución alemana. Si llega el caso, es en Francia donde debemos preocuparnos más la actitud de las capas pequeño-burguesas, a las que un recrudecimiento del nacionalismo alemán pondría una vez más a merced de las fuerzas burguesas locales. Y algo parecido puede decirse de Inglaterra, donde el laborismo se proclama descaradamente nacionalista ahora que, a cuenta y riesgo de la burguesía británica, está en el poder.

Esto es lo que sucede cuando olvidamos los principios de la política comunista o los aplicamos cuando están ausentes las condiciones para las que aquellos estaban concebidos.

El hecho de que el camarada Radek, al defender su táctica en una reunión internacional, haya “descubierto” que los comunistas deben exaltar el sacrificio de los nacionalistas en la lucha contra los franceses del Ruhr, es un fenómeno que tiene cierta analogía con el social-nacionalismo. ¡Y lo hace en nombre del principio, para nosotros nuevo e inaudito, de que hay que defender a quien se sacrifica por sus ideas, sea cual sea su partido!

Reducir la tarea del gran proletariado alemán a la emancipación nacional es de una bajeza deplorable. Nosotros esperamos que este proletariado y su partido logren la victoria, no ya sólo por ellos, sino por la supervivencia y la evolución económica de la Rusia soviética y para que todo el torrente de la revolución mundial sacuda las fortalezas capitalistas de occidente, despertando a los trabajadores de todos los países que de momento permanecen inmóviles ante los últimos sobresaltos de la reacción burguesa.

Los desequilibrios nacionales entre los grandes Estados desarrollados son factores que debemos estudiar y examinar atentamente. Pero al contrario que los social-nacionales, negamos tajantemente que estos desequilibrios puedan resolverse por otro camino que el de la guerra de clases contra todos los Estados burgueses. En este sentido, consideramos todo resto de patriotismo y nacionalismo como una manifestación reaccionaria, sin cabida en los partidos revolucionarios de los países cuyo proletariado, disponiendo de una herencia verdaderamente rica en posibilidades comunistas, está llamado a ser la vanguardia de la revolución mundial.

Amadeo BORDIGA.

# ¿UNA CUARTA INTERNACIONAL O UNA RÉPLICA DE LA TERCERA?

(Continuación)

## LA TERCERA INTERNACIONAL Y EL ESTADO SOVIÉTICO

Hace más de 35 años que seguimos el curso de las ideas revolucionarias en Rusia, al menos lo que se puede leer en la literatura económica e histórico-política en occidente. A finales de 1904, a algunos mencheviques holandeses les entró la risa con nuestro folleto "*La Revolución en Rusia*", revolución que aún no había visto la luz pero que los clamores del movimiento obrero (huelgas, acción política y sindical, etc.) ya anunciaban. El folleto apareció poco después de la famosa jornada del 22 de enero de 1905. La revolución de 1905 tornó la hilaridad de los sapientísimos dirigentes de la socialdemocracia en desprecio altanero; las golondrinas no traen la primavera y esta revolución no era más que una revolución burguesa. Y a nosotros nos tocó responder: "Cierto es que puede ser que esta revolución sea burguesa en la medida que el liberalismo no se ha encargado de las tareas históricas burguesas que le corresponden, sobre todo de organizar y agrupar a las clases, pero es posible que se cumpla las palabras que Plejánov pronunció en el Primer Congreso de la II Internacional (París, 1889); la revolución rusa será proletaria o no será."

Y estas previsiones se revelaron exactas, hasta cierto punto. La Revolución de marzo era proletaria, aunque su objetivo era un compromiso pequeño-burgués entre la burguesía obligada a capitular y la ideología pequeño-burguesa de los socialistas-revolucionarios y los mencheviques.

No sólo aceptamos la legitimidad social y política de la Revolución de marzo, sino también la de Octubre. Compartimos la tesis defendida por Trotsky ("*Historia de la Revolución*", tomo I), según la cual la necesidad social-psicológica de la revolución proletaria surgió de una atmósfera de petrificación y conservadurismo corroído. La vida no es un cálculo mecánico y el materialismo dialéctico de Marx nos enseña que la vida no obedece a recetas preparadas de antemano, aunque sus autores se llamen Karl Kautsky, Otto Bauer o Georges Plejánov. El esquema mecánico del reparto de la herencia del difunto entre los miembros de los partidos socialistas y comunistas no es un barómetro correcto para medir el grado de madurez alcanzado por el proceso revolucionario. Por supuesto, no entendemos la revolución como mero **hecho político**; huelga decir que para llevar a cabo una revolución económica y moral se necesita cierto potencial económico (como un cierto grado de desarrollo de la técnica de producción), así como una vigorosa corriente a favor de un orden nuevo en el seno de las masas. Reconociendo las particulares leyes históricas que determinan el desarrollo social en Rusia, podemos descifrar el enigma de la peculiar situación psicológica de las masas, que permitieron que **allí** hiciera falta **tan poco** para provocar una revolución, si lo comparamos con pasados acontecimientos históricos. Este "poco" consistió en: **primero**, unas masas campesinas sin propiedad, el mujik asolado por el escorbuto para quien "la paz y la tierra" era una consigna indispensable; y **segundo**, las masas de proletarios industriales en los que el espíritu de resistencia anticapitalista se remontaba, no a la época en la que surgió un movimiento teórico desarrollado, sino mucho antes, en la época en la cual estos obreros no eran aún más que siervos entregados por el Estado a las fábricas para el trabajo industrial\*. Ya en la época de huelgas obreras en la fábrica de Bradford, antes incluso del famoso levantamiento de los canuts de Lyon, en 1831, los trabajadores industriales en Rusia iban a menudo a la huelga. Esto indica que el movimiento obrero ruso tenía una larga tradición de lucha.

Nuestro objetivo no es estudiar la historia de la toma del poder por el partido bolchevique en octubre de 1917. La metodología marxista no sólo requiere un análisis de la estructura de clases, sino que

---

\* A este respecto se puede consultar el libro de Gugau Baronovaky, *Historia de la fábrica rusa*.

también exige un esbozo de los reflejos subjetivos tal y como cristalizan en la conciencia de las masas en determinadas épocas, sobre todo en ciertos momentos históricos. Ningún revolucionario limitará el inmenso alcance del inmortal 1917. Fue grandioso, aunque quienes lo dirigieron no hubieran podido realizarlo en las circunstancias de la Europa occidental. Lo que el programa clásico e histórico del partido socialista-revolucionario había abandonado: la tierra para los campesinos, lo hizo la política leninista, por primera vez en la historia rusa.

Esta ayuda efectiva que se dio a los campesinos –que no pedían otra cosa desde 1861– fue la gran estrategia social que logró articular a la sociedad rusa en torno a la revolución de los bolcheviques. La tierra para los campesinos: el mujik se convertía en propietario. La “revolución francesa” de los campesinos rusos hizo que la balanza se inclinara del lado de la revolución; los obreros industriales, como vanguardia, animados por el ideal socialista, hicieron el resto.

Rememorando la atmósfera de exaltación revolucionaria de los últimos años de guerra, podremos comprender el entusiasmo con el que fue acogida la revolución. Nunca antes los corazones de los revolucionarios del mundo entero latieron tan fuerte ni los ánimos fueron tan vehementes. Los soviets y la dictadura del proletariado, apuntalados por la destrucción de la propiedad privada; los soviets industriales con sus sindicatos, junto a los soviets campesinos, formaban la estructura del poder político, la dictadura del proletariado. ¡Tal era la teoría!

¿Pero la práctica se correspondía con la teoría? Marx ya señaló que durante el periodo de transición que va de la destrucción de la sociedad capitalista a la construcción de la sociedad sin clases, el proletariado debe ejercer su dictadura como clase para preparar y levantar el orden económico y moral de la sociedad socialista. Pero Marx no describió minuciosamente las formas y el carácter de esta política dictatorial. En eso Kautsky tenía razón frente a Lenin –aunque no en los principios que defendía–. En estos últimos años, Trotsky ha empleado sus brillantes cualidades literarias y sus grades recursos dialécticos en investigar y revelar los nefastos elementos de la burocracia rusa. Sin duda, lo ha hecho con mucha clarividencia. Tras vacilar bastante tiempo, afirma que se dan las circunstancias históricas para crear una IV Internacional. Ha llegado a esta conclusión tras ver el catastrófico hundimiento del movimiento obrero alemán. La creación de una organización mundial de trabajadores no es como una partida de bridge, que uno juega **cuando** le apetece. No sólo se necesita que se den las condiciones históricas, políticas y sociales, así como los elementos psicológicos necesarios en las masas, sino también hace falta que las razones fundamentales sean tan urgentes que sean ellas las que clamen por una nueva organización y un nuevo foco de atracción.

La declaración de principios de los Bolchevique-Leninistas\* aprobada en París en agosto de 1933 dice, en su tercer punto: “La III Internacional... cayó víctima de su dependencia de la burocracia soviética, que **degeneró en un sentido nacionalista y centrista**”. Un marxista planteará inmediatamente la siguiente cuestión: ¿cuáles fueron los factores que la hicieron degenerar y caer víctima del nacionalismo y el centrismo? ¿Fue el comportamiento subjetivo de una persona o de un grupo de personas (Stalin y su aparato burocrático)? ¿Acaso estos síntomas nacionalistas y centristas no asomaban ya en 1924, cuando el conflicto Trotsky-Stalin se agudizó? Esperamos que un materialista dialéctico de la talla de Trotsky rechace esta explicación subjetivista de los acontecimientos. Y si esta forma de juzgar se revela como sociológicamente correcta, ¿no podríamos llegar a la conclusión de que las masas rusas no están aún maduras para construir el socialismo, ya que toleran semejante política criminal sin oponer resistencia? ¿Qué diferencia existe entre las masas fascistas italianas y alemanas y las rusas?

---

\* Se trata en realidad de la “declaración conjunta” aprobada en la Conferencia de partidos socialistas que no pertenecen ni a la II ni a la III Internacional por el Secretariado Internacional de la Oposición Comunista de Izquierda, el S.A.P. alemán, el P.S.R. y el O.S.P. holandeses.

## TROTSKY ANTE EL ESPEJO DE SU PASADO

Allí estaban los teóricos del Partido Comunista Obrero Alemán (que Trotsky, a la sazón en plena gloria, ridiculizó e insultó), allí también Herman Gorter, (de la “escuela holandesa”, como decía sarcásticamente Trotsky); el estilo de Gorter no era tan brillante como el de Trotsky, pero por su corazón inmaculado y su entrega a la causa del socialismo revolucionario le ponían a la altura de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Lenin. En su cara abierta a Lenin, en respuesta a la que desde luego no es la mejor de sus obras: “*La enfermedad infantil del comunismo*”, Gorter puso al desnudo los síntomas del mal que ha engendrado los actuales abscesos nacionalistas y centristas. Recordamos las palabras que Lenin pronunció en 1921: “No podemos forzar al proletariado europeo a que salga del marasmo de su esclavitud para ayudarnos..., pero aguantaremos hasta que el proletariado mundial lleve a cabo su revolución.”

Lenin, sin duda, fue un gran dirigente; se atrevía a confesar y reconocer sus errores..., pero Lenin no era más que un simple mortal. Dejemos a los epígonos la triste tarea de deificar el nombre de Lenin; ellos necesitan este símbolo para envolver su mercancía maloliente. Es aquí donde la observación marxista es más útil y puede ayudarnos a aclarar el desarrollo objetivo contra el que sujetos de la talla de Lenin y Trotsky no pueden hacer nada. La apreciación de Friedrich Engels respecto a Thomas Müntzer (que se citó a menudo en alusión a los ministros socialdemócratas), encuentra aquí una nueva aplicación: “Lo peor que le puede llegar a suceder al jefe de un partido extremista es verse obligado a tomar el poder en una época en la que el movimiento no está maduro para el dominio de la clase que él representa ni para aplicar las medidas que exige el dominio de esa clase... Lo que **puede** hacer contradice toda su pasada actividad, sus principios y los intereses inmediatos de su partido, y lo que **debe** hacer es irrealizable.” A pesar del sublime carácter revolucionario de Octubre de 1917, a Lenin y Trotsky les sucedió lo que al héroe de Engels.

Para comprender a fondo el proceso, habría que desenmarañar el formidable juego de las siguientes fuerzas y motivos contradictorios:

- a) La lucha por conservar lo que había conquistado la revolución.
- b) La preocupación por establecer un control riguroso mediante la consolidación de una autoridad nacional (por ejemplo, la represión del levantamiento de Kronstadt).
- c) El entusiasmo del país por el objetivo final: socialismo y comunismo.
- d) Las concesiones a los técnicos extranjeros.
- e) La lucha porque la URSS fuera reconocida *de iure* y la obligación de que los comunistas extranjeros reclamaran este reconocimiento en sus respectivos parlamentos.
- f) La lucha de los campesinos, el hambre de 1921 y el reflujo de la ola revolucionaria en Europa occidental.
- g) El llamamiento a los partidos o pequeños partidos comunistas ortodoxos dirigidos contra las corrientes más extremas, como el K.A.P.D., y los guiños a los socialdemócratas de izquierda: los Crispian y Levien en Alemania y los Frossar.

“*La enfermedad infantil del comunismo*” de Lenin es un ejemplo chocante del cambio que habían sufrido sus ideas, cambio que se debía a las necesidades del Estado ruso\*. ¡Formar partidos de masas a cualquier precio contradecía flagrantemente los planes organizativos de Lenin, con los que tan a menudo había fustigado a la socialdemocracia! Los frutos de la lucha contra los “economistas” (los sindicalistas, Martinov y demás) y contra Martov –a quienes a veces se unía Trotsky– fueron hechos trizas. Las tesis de la “*Enfermedad infantil*” se derivaban de los intereses del Estado ruso de aquel entonces. Aunque individualmente adoptaron una postura política no conformista, Gorter y Pannekoek no percibieron las razones objetivas generales de este giro; en todo caso no le dieron importancia.

---

\* En 1921, nosotros avisamos del peligro que suponía esta nueva orientación, pero el memorial que redactamos desapareció.

En el famoso III Congreso de la III Internacional hubo tantas banderas y fanfarrias como el II Imperio alemán. Los jóvenes delegados revolucionarios occidentales, que a veces carecían de experiencia histórica y más a menudo de perspectiva teórica, acudieron como si se tratara de la Meca roja, para saludarla y homenajearla y escuchar con la boca abierta al oráculo Lenin (por supuesto, no creemos que Lenin pretendiera eso). No se trataba de analizar críticamente las 21 condiciones, las resoluciones kilométricas que, según dijo el propio Lenin, aunque tenían valor en Rusia, no podían ni concebirse ni aplicarse. De vuelta a casa, estos delegados afectados por el mal ruso no podían, tras leer las publicaciones rusas, sino repetir lo que decían éstas, rebajándolo, sin verificarlo en su propio terreno ni considerar los distintos factores históricos propios que se habían desarrollado allí.

De esta forma, los principios comunistas esenciales fueron alterados y ridiculizados por los loros moscovitas. Tras el putsch de Kapp, el Partido Comunista Alemán levantó, tomando como modelo al Partido Socialista, un aparato burocrático en el que los burócratas, grandes o pequeños, llevaban su insignia con la hoz y el martillo más por las ventajas materiales que esto suponía que por otra cosa. No era una probada organización homogénea de vanguardia revolucionaria, sino un “partido de masas”. ¡¿Y cuántos filisteos no albergaba en su seno?! Lo que escribió Arthur Rosenberg, antiguo miembro de buró ejecutivo del P.C.A. (“Geschichte der Bolchevismus”, Berlín, 1932), es totalmente cierto: paralelamente al ascenso económico y político de Rusia, se verificaba el retroceso y la destrucción de las secciones comunistas en Europa occidental. La disciplina del cadáver, de esencia ruso-germánica –contra la cual Marx echó pestes no pocas veces– consideraba toda crítica como un crimen de lesa majestad. La conservación del Estado soviético, sean cuales sean las circunstancias, llevó –sobre todo tras la muerte de Lenin– a que se desarrollara la ideología de la construcción nacional del socialismo en Rusia.

Se abandonaron los principios del *Manifiesto Comunista*, que consideraban el socialismo no como una cuestión local o nacional, sino social e internacional. Las deudas del Estado, previamente anuladas, si bien no se reconocieron, sí que al menos se emplearon como moneda de cambio para obtener préstamos. La tesis de la persistencia de la revolución, según la cual mientras ésta no haya triunfado material y moralmente en las partes más importantes del mundo, la tarea del Estado obrero ruso es impulsar la revolución a escala internacional, esta tesis, entró en conflicto con el bolchevismo nacional ruso. La clase obrera de Europa occidental fue sacrificada a éste último.

La declaración de Lenin que mencionábamos más arriba: “Aguantaremos hasta que el proletariado mundial haga su revolución”, se convirtió en la clave psicológica\* del **desarrollo nacionalista y centrista**, en el que **Trotsky** también colaboró.

Vamos a reproducir unos pasajes del folleto editado por el Partido Comunista Obrero Alemán en 1921, titulado “*El gobierno soviético y la III Internacional a remolque de la burguesía internacional*”:

a) **“Sobre la postura del gobierno soviético en la lucha de clases dentro de la Rusia soviética.”**

“Las masas campesinas han obligado al gobierno soviético a llevar a cabo una profunda modificación de su política económica en el campo, y luego también en la industria urbana. La organización económica implantada por el gobierno de los soviets a través de la coacción del Estado era un factor que cortaba el paso al desarrollo de la joven clase de los pequeños campesinos, imbuida en sus ansias de medro. Esta clase reclamaba, en sustitución de esta organización económica, la organización capitalista de la producción y el comercio.

“Hasta entonces el gobierno soviético requisaba los productos de los campesinos según las necesidades del ejército y del resto de la población. Los campesinos no podían disponer libremente del fruto de su trabajo; el gobierno tomaba todo lo que le era necesario. A comienzos de 1921 el gobierno sustituyó el

---

\* Esta declaración, naturalmente, se hizo con la mejor intención. Con la perspectiva y la esperanza de que el proletariado mundial librara su asalto al capitalismo.

régimen de requisas por el sistema de impuestos. Cedió ante la oposición campesina, que protestaba porque no recibía nunca ningún producto a cambio, como vestuario, útiles, máquinas etc.

“Desde entonces los campesinos ya no están obligados a ceder todas sus provisiones, sino sólo una parte proporcional. Son libres de comerciar libremente con el excedente en las grandes ciudades. De esta forma, el gobierno soviético ha reconocido legalmente a los campesinos rusos el derecho a la propiedad privada.

“Y eso significa reconocer el lucrativo sistema capitalista en los campos rusos y, en consecuencia, la introducción de semejante sistema de lucro en las grandes ciudades.

“Como consecuencia de esta decisión, el gobierno soviético ha tenido que renunciar a dirigir la industria urbana como venía haciendo, y se ha visto obligado a arrancar la dirección de las manos de los que se encargaban de ella, principalmente la clase de los proletarios, para entregársela, junto a la administración y el mando de la empresa, a capitalistas particulares.

“Ha tenido que liberar a la industria artesanal, que aceptar el pago de primas a los trabajadores industriales, el libre intercambio de los productos industriales por víveres, intercambio que todas las fábricas que cumplen los mínimos exigidos pueden practicar. Luego, también ha tenido que liberar en gran parte al comercio capitalista. El capitalismo es reconocido de esta forma en las ciudades, cualquiera que sean sus consecuencias como forma económica corriente.

“Esta política económica, en apariencia completamente nueva, ya se había preparado en cierta medida con anterioridad mediante algunos decretos del gobierno soviético. La postura actual ya se anunciaba en la disolución en 1918 de los llamados comités de pobres, formados por los bolcheviques tras la toma del poder con el objetivo de proceder a la socialización de las tierras.

“Y el primer paso hacia la actual política interior en la industria se dio cuando en lugar de dirigir las empresas con la ayuda del personal y de los comités de fábrica, se confió la dirección a comisiones especiales formadas a tal efecto y compuestas por especialistas (técnicos procedentes de las masas burguesas) y comunistas.

“Estas medidas tuvieron ciertas repercusiones, que hacían presagiar el inicio de un cambio de postura por parte del gobierno soviético respecto al proletariado ruso. En el aparato económico y estatal fueron penetrando cada vez más elementos burocráticos. Conocemos las consecuencias. Afluían a él, por todas partes, desde los círculos pequeño-burgueses, comerciantes, antiguos funcionarios y obreros manuales. Era de los pocos que sabían leer y escribir en Rusia y los únicos con la que se contaba para desempeñar estas funciones, pues la mayor parte de la población rusa era, y aún es, analfabeta.

“La causa de la aparición de la burocracia se debe únicamente a la falta de productos de consumo y no se puede evitar más que mediante un aumento de la producción. Un ejemplo aclara esta afirmación: el pueblo necesita calzado. No hay zapatos para todos, sólo hay un par de zapatos para cien habitantes. Estas cien personas quieren este par y envían la petición correspondiente al servicio competente. Hay que responder a estas cien peticiones, pues no se pueden satisfacer todas; esta es la labor de las autoridades y el origen de la formación de una formidable burocracia.

“Esta burocracia, que surge allí donde dispone de medios de subsistencia, tiene una enorme influencia sobre todo el desarrollo de las relaciones sociales en Rusia. Esta burocracia dispone, incluso, gracias a su situación y a las relaciones entre sus componentes, de un poder sobre los que producen los medios de subsistencia, en decir, sobre el proletariado. Este fue el punto de partida del antagonismo entre el gobierno soviético y el proletariado ruso, que se mostró con toda claridad a comienzos de este año (1921). El poder se va deslizando de las manos del proletariado a las de la burocracia, es decir, a las de la pequeña burguesía.



## **b) El inicio del antagonismo entre el gobierno soviético y el proletariado ruso.**

“Estos antagonismos se manifestaron teóricamente, por primera vez, a finales del pasado año (1920). Surgieron en torno a una cuestión y de manera inopinada para los dirigentes comunistas.

“Como un relámpago, la cuestión de los sindicatos rusos alumbró los formidables antagonismos que existían en el seno del partido, provocando acalorados debates en los que Lenin, por ejemplo, tachó de sindicalista a Bujarin. Se formaron cerca de una docena de corrientes, entre las que pronto se esbozaron tres tendencias principales<sup>2</sup>.

“El problema a tratar eran las tareas presentes de los sindicatos y su futuro papel.

“Como la producción se dirigía y comandaba con ayuda de especialistas y hombres de confianza del partido, los sindicatos sólo se encargaban de los parados y se encaminaban a una vía muerta.”

“A pesar de todo, sus efectivos, que en 1917 apenas alcanzaban los 1.500, se contaban por millones. ¿Qué hacer con estos organismos? Su antigua función original, que consistía en conducir la lucha contra la patronal por la conquista de mejores condiciones salariales y de trabajo, parecía haber acabado al haberse destruido la patronal tras la revolución. Se rechazó unánimemente la idea de disolver estas organizaciones de millones de proletarios. Shliápnikov era de la opinión de que la dirección de la producción debía pasar de las manos del partido a las de los sindicatos, para insuflarles nueva vida. La aplastante mayoría de los sindicatos se pronunció a favor de esta solución (la denominada Oposición Obrera).

“En cambio, Trotsky, como representante de los principios “militares”, declaraba en sus directivas que la dirección debía permanecer bajo la rígida dictadura del partido y que, en cualquier caso, los sindicatos debían someterse a las órdenes del partido. Esta tendencia halló muy pocos adeptos en los sindicatos. Lenin, fiel a su política de centro, propuso en su resolución que no cambiaran de momento las relaciones entre el gobierno, el partido y los sindicatos, que no se permitiera a los sindicatos participar en la dirección de la producción más que de manera limitada, sobre todo delegando miembros de su comité central a la comisión central de los Comisarios económicos.

“Además, los sindicatos debían considerarse como “escuelas de comunismo”, en las que los miembros del partido debían hacer proselitismo para el partido. El punto de vista de Lenin no lo compartía más que un pequeño porcentaje de los miembros de los sindicatos.

“¿Y qué sucedió? La cuestión del futuro de los sindicatos no la solucionaron los seis o siete millones de sindicatos en el sentido que pretendía Shliápnikov, sino el medio millón de miembros del partido, en el sentido indicado por Lenin.

“Esto, en realidad, significaba que el partido tenía dominio absoluto sobre el resto del proletariado.

“¿Era contrarrevolucionaria la reivindicación de Shliápnikov y sus camaradas? ¿Cuál era el móvil de los comunistas rusos? Veamos más en profundidad cuáles eran las causas reales que les hacían actuar de ese modo.

“¿Qué significado tenía el hecho de que el proletariado se adhiriese formidablemente a la resolución de Shliápnikov? Era más que el simple deseo de encargarse de la dirección de la producción. Para el proletariado era una necesidad urgente hacerse independiente y escapar de la tutela de algunos; era el potente despertar de la conciencia proletaria que se venía desarrollando en los últimos años de manera inusitada. Lo que estaba en juego realmente en este debate se refleja mejor en las tesis de Ignatov, que exigía, como Shliápnikov y Bujarin, la “democratización” de las instituciones del partido y del Estado.

---

<sup>2</sup> La de Lenin, la de Trotsky y la de la Oposición Obrera.

“Las disputas entre el gobierno y el proletariado se hicieron más abiertas y críticas cuando, en febrero, se manifestaron algunos miles de proletarios reclamando el aumento de las raciones alimentarias y cuando, también en Petrogrado, aumentó el descontento de las masas y estalló luego el levantamiento de Kronstadt.

“El levantamiento de Kronstadt no influyó en los acontecimientos de las capitales y en la población campesina. Los preámbulos del levantamiento de Kronstadt venían de meses atrás y su origen era el conflicto de Trotsky con los marinos. Estos últimos no terminaban de acostumbrarse a la “dictadura desde arriba” y exigían poderes más amplios. Trotsky cortó el envío de vestuario. Los marinos prepararon entonces el levantamiento, que estalló poco después y que para los dirigentes rusos fue una verdadera sorpresa.

“Tales fueron los primeros acontecimientos que reflejaron los agudos antagonismos entre el gobierno soviético y el proletariado ruso. Desde entonces la oposición y la rebelión abierta contra el gobierno no han cesado.

### **c) La política exterior del gobierno soviético. El movimiento de apoyo a la Rusia soviética.**

“La política exterior que el gobierno despliega actualmente empezó con la firma del tratado de Brest-Litovsk; esta fue una controversia a propósito de la cual surgieron diversas corrientes en el seno del partido comunista. Por otra parte, no es correcto afirmar que la burguesía extranjera fuera el factor principal en las campañas de Denikin, Koltchak, el conde Wrangel, etc. La dirección de la lucha estaba en manos de la antigua nobleza, cuyo objetivo era restablecer los latifundios. Esto explica porque los campesinos, cuando se trataba de defenderse contra los feudales, cedieron rápidamente al gobierno hasta sus últimas reservas, mientras que, una vez los nobles fueron derrotados, rechazaron cualquier ayuda al ejército rojo.

“Las guerras del poder soviético de estos últimos años tienen el mismo contenido que las guerras revolucionarias de la Francia burguesa revolucionaria a finales del siglo XVIII. Aunque las formaciones de combate estaban compuestas por proletarios, el objetivo de la guerra que llevaba a cabo el poder soviético era en realidad la defensa de la propiedad parcelaria capitalista de los campesinos contra los ataques de la nobleza, que quería restablecer la gran propiedad.

“En estas últimas semanas (julio de 1921), la política exterior de los soviets ha entrado en una fase nueva y decisiva. Rusia ha sufrido una catástrofe natural de terribles consecuencias. Una sequía de varios meses ha destruido todas las cosechas en diversas regiones del Volga, del Don, del Cáucaso septentrional y de Ucrania. El calor tórrido ha quemado las espigas y las cosechas, aquí parcialmente y allá totalmente, se han perdido. Al mismo tiempo, el cólera hace estragos, llevándose cada día miles de personas y animales. La Rusia Soviética es prácticamente impotente ante esta plaga. Todo escasea, incluso lo necesario. Debido al estado atrasado de la técnica y las consecuencias de la guerra, apenas es posible salvar las cosechas. Ningún medio de transporte puede llevarlas a las ciudades, ni tampoco pueden evacuar a las masas que huyen de las regiones afectadas y trasportarlas a las regiones más fértiles. No hay instrumental ni medicamentos para combatir el cólera, que causa inmensos estragos. Todo esto habría que traerlo de fuera.

“El gobierno soviético ha lanzado una llamada de auxilio al mundo entero...

“Esta llamada ha aclarado bruscamente toda la situación.

“El gobierno soviético entrega su país, su revolución y su proletariado a la burguesía internacional...”

Hoy, diez años después de que lanzaran estas advertencias, hay que reconocer la labor de estas “izquierdas”. Completamos esta descripción con el juicio que formuló Gorter en 1921:

“El III Congreso de la Internacional de Moscú ha resuelto provisionalmente el destino de la revolución mundial. La corriente que quiere la revolución mundial, es decir, en primer lugar la revolución en Alemania y desde allí su extensión a Europa occidental, ha sido expulsada de la Internacional rusa. Y los

partidos comunistas de Europa occidental y del resto del mundo, que permanecen dentro de esta Internacional, se han degradado al nivel de instrumentos para la conservación de la revolución rusa y las repúblicas soviéticas. Se descarta la revolución en Europa occidental y en todo el mundo para mantener con vida a la revolución rusa durante algún tiempo más. De esta forma, se condena a la revolución mundial a la impotencia por mucho tiempo.”

Desde el punto de vista marxista, pues, no tiene sentido atribuir a la tendencia stalinista y al propio Stalin todos los pecados del Estado soviético ruso y del Comintern. Lenin desapareció antes de que las necesidades sociales le obligaran a transformarse en un Stalin. Y si no hubiera estado dispuesto a ello, su suerte habría sido la de Trotsky.

Rechazamos resueltamente la resolución de la Liga Comunista Internacionalista de Trotsky, que declara que acepta las enseñanzas del III y IV Congreso como bases para la IV Internacional. En los trabajos de estos Congresos ya estaban presentes los gérmenes que iban a provocar la degeneración de los partidos comunistas de Europa occidental.

**(Continuará).**

A. SOEP

---

## **A PROPÓSITO DE STALIN Y DEL STALINISMO**

Las grandes derrotas proletarias tienen sus tragedias históricas y, muy a menudo, también sus lamentables parodias. No hay una sin la otra. Por un lado, miles de proletarios derrotados, torturados y abatidos como perros; el desconcierto, la pornografía y la confusión arrebatan toda esperanza de que se produzca un reagrupamiento saludable de las fuerzas revolucionarias. Por otra parte, el triunfo sangriento del capitalismo y la impúdica expansión de las fuerzas sociales que tan bien le ha servido. El centrismo, que impide a las masas derrotadas comprender la realidad, arrastra a los obreros y campesinos rusos a su política de entrada “pacífica” en el sistema capitalista, es decir, justifica su integración en uno de los dos bloques imperialistas, se ve obligado a crear una psicosis de agresión universal contra la URSS, cuyo eje es la veneración al jefe Stalin, que supuestamente personifica la reacción soviética al mundo burgués y cuya conclusión lógica es la entronización del “stalinismo”.

Hay que comprender que mientras al proletariado le sea posible intervenir internacionalmente, el centrismo, incrustado en el Estado soviético, se apoderará del nombre de Lenin para cumplir con su tarea de dispersar las fuerzas revolucionarias, para que el Estado proletario se refuerce y se beneficie. Cuanto más se acentúen las derrotas, más se concretará la “idea del socialismo en un solo país” y menos necesario será emplear el nombre de Lenin. El problema esencial pasa a ser, entonces, la movilización efectiva de los obreros y campesinos en torno al centrismo, que compromete a la URSS en el juego de alianzas imperialistas, y no el llamamiento a los obreros de todos los países. Y para eso Stalin es más adecuado que Lenin, cuyo recuerdo y enseñanzas son profundamente internacionalistas. A partir del XVII Congreso del partido bolchevique ruso, el Estado obrero, confiando en el apoyo del imperialismo yanqui, ese Estado obrero para el cual el proletariado internacional derrotado en Alemania y Austria se había convertido, como mucho, en un instrumento de para reforzar sus posiciones diplomáticas, aceleró su política de incorporación al capitalismo y paralelamente desarrolló, a guisa de justificación, una campaña tan estúpida como grotesca en torno a Stalin y el stalinismo. Tampoco hay que despreciar esta campaña para movilizar a los obreros rusos alrededor de la política actual del centrismo, en ella se pueden “distinguir” los elementos que Stalin ha

aportado al marxismo y a la revolución internacional, elementos que le ponen a la altura –pero, ¿qué estamos diciendo?!, ¡le superaba!- de Lenin o, al menos, de Marx. Si esta estúpida campaña no ocultara una realidad terrible, ciertamente sólo provocaría carcajadas.

Así, los tristes burócratas cuyo único mérito consiste en escribir banalidades y panegíricos por encargo, se atreven a afirmar, sin enrojecer mil veces de vergüenza, que los intentos de vulgarizar el leninismo que hace Stalin en las conferencias de la Universidad de Sverdlov “para que las masas se penetren de la conciencia socialista y de la teoría marxista-leninista, tienen una importancia semejante al **Manifiesto Comunista**, al **Capital**, a la **Crítica del Programa de Gotha**, al **¿Qué hacer?**, al **Estado y la revolución** y a la **Enfermedad infantil del comunismo de ‘izquierda’**”.

Un tal Knorine, el autor de esta elocuente prosa, también se esfuerza en demostrar que los folletos escritos por Stalin en 1912 –que desgraciadamente no se conocían hasta hoy– merecen, por su profundidad, un sitio al lado de las mejores obras del Lenin de aquella época. Quizá sea verdad, pues según afirma este desvergonzado biógrafo, Stalin, “cuando sustituyó a Lenin en el IV Congreso de los bolcheviques como ponente del informe al Comité Central, al tratar los problemas fundamentales del bolchevismo y las perspectivas de la lucha por el poder y por el socialismo, empleó unas fórmulas que han convertido en la base de toda la actividad posterior de nuestro partido.” Quizá mañana descubra que, en resumidas cuentas, aunque Lenin era un buen tipo, no sabemos qué habría sido de él sin Stalin.

La campaña del centrismo pretende desatacar los resultados de “diez años de apreciaciones stalinistas acerca de la situación internacional”. Por “internacional” el centrismo entiende, evidentemente, el éxito de los planes quinquenales de la URSS, y como estos éxitos se han logrado gracias a las derrotas obreras en todos los países, el stalinismo que hoy se consagra no es, pues, sino la teoría de las derrotas proletarias y del nacional-bolchevismo. Hasta ahora, nosotros hemos rechazado la idea de que el “stalinismo” sea fruto de la actuación de ciertas personas, como Stalin o Trotsky, pues hay que tener en cuenta todos los acontecimientos que han llevado al triunfo del centrismo en la I.C. y en Rusia. Se trata de un choque de fuerzas sociales: la historia es la historia de la lucha de clases, y no de individuos aislados. Para nosotros la victoria del centrismo supone un fortalecimiento del capitalismo internacional, que es resultado de la debilidad del movimiento revolucionario en todos los países y no de la maquiavélica influencia de Stalin. El centrismo, procediendo hoy a la movilización de las masas rusas, de los proletarios ligados al centrismo gracias a los logros de los últimos años, conseguidos al precio de la debacle de los partidos comunistas, confía en la impotencia de los escasos núcleos marxistas que a pesar de todo conservan la bandera del verdadero internacionalismo, y comienza a deificar a Stalin, lo que en resumidas cuentas equivale a idealizar la situación contrarrevolucionaria actual, a emplazar a las masas a que sigan al centrismo en su camino de traición, sendero jalonado por esas teorías que el centrismo califica hoy como stalinistas: la construcción del socialismo en un solo país.

La pornografía política del centrismo, que deifica su ideología derrotista, encarga a desconocidos como Knorine que reúnan a toda costa los elementos necesarios para la deificar a estos “grandes jefes”. La crasa ignorancia de estos tipos nos haría reír si, como hemos dicho, no estuviéramos ante unos preparativos infinitamente serios para la movilización contrarrevolucionaria de los obreros.

Por eso siempre reaccionaremos contra aquellos que “están orgullosos de ser stalinistas”, quienes, tras la socialdemocracia, representan una de las fuerzas esenciales para que proletariado revolucionario permanezca inmobilizado.

# LA CATÁSTROFE DE PÂTURAGES

Borinage acaba de sufrir un acontecimiento muy triste: 57 mineros han muerto, víctimas de una explosión de grisú, en Fief de Lambrechies\*. Catorce de ellos perecieron tratando en vano de sacar a la superficie los cuerpos de sus compañeros de miseria. La solidaridad se pagó cara: aumentaron los duelos quienes precisamente pretendían reducirlos\*\*. Rápidamente se abandonó la esperanza de sacar los cuerpos y los representantes del capitalismo adornaron hipócritamente con flores el inmenso sepulcro de hulla que confundía a hombres y carbón, ansiosos por aplacar la obsesión por la muerte que los mineros tenían en el corazón cuando al día siguiente tuvieron que bajar de nuevo a la mina mortuoria.

Extraer carbón durante toda su vida, ese carbón con grisú que causa víctimas en cada explosión, trabajar en pozos mal terraplenados y defectuosamente entibados, todo para reventar de hambre, como ocurre en Borinage\*\*\*. Y los mineros de Fief de Lambrechies no pueden quejarse: los “generosos” patronos han decidido reabrir el pozo para no privar de pan a tantas familias. Ya se han olvidado de las flores: mañana hay que extraer carbón, coger las herramientas y descender, pues estos alegres zulos deben llenarse de los brazos necesarios para explotar el carbón, esta riqueza nacional.

Las explosiones se sucederán en estos pozos llenos de grisú y el sombrío escorial verá pasar de nuevo los mismos cortejos hipócritas, la misma triste comedia. Pero el verdadero dolor de las familias proletarias que han sufrido este terrible golpe, su mísera vida de trabajo, se irá profundizando.

Las flores, los lamentos universales y los telegramas de condolencias pronto se olvidarán y de nuevo estallará la lucha de los mineros, que se obstinan en no comprender que el “interés común” exige salarios de hambre. Rechazarán a patadas los clamores de aquellos que dicen que la patronal se “sacrifica” cuando mantiene la explotación de las minas.

La catástrofe de Pâturages no es algo “casual”: es fruto del régimen capitalista, y no el pago que impone la naturaleza al trabajo humano, no una fatalidad ante la que nada pueden hacer la técnica y la ciencia. Cuando los trust logran reducir la producción, llegando a acuerdos para remediar su lucha “fratricida”, hablan de victoria, de éxito, de garantías de paz entre los Estados y de solución a la crisis económica. Y sin embargo gracias a ello se producen estas catástrofes mineras. La técnica actual quizá permitiría abandonar para siempre la explotación de las minas: el petróleo y sus derivados podrían sustituir al carbón. Pero la Royal-Deutsch y la Standard-Oil luchan encarnizadamente por cerrar los pozos petrolíferos. El capitalismo de cada país encuentra una tabla de salvación en una producción limitada a las “necesidades” internas del país y de la lucha inter-imperialista\*\*\*\*.

En estas circunstancias, los jefes reformistas belgas permanecen fieles a su miserable función: sus gemidos superan a los de la burguesía y sus soluciones positivas consisten en pedir al Estado que limite las importaciones de carbón alemán, sin importarles si las minas alemanas ofrecen mejores condiciones para la

---

\* Borinage es una región carbonífera belga al oeste de Mons, dentro de la cual está el municipio de Pâturages. A mediados del siglo XIX, Borinage era una de las mayores cuencas hulleras de Europa. La tragedia sucedió el 15 de mayo a las ocho de la tarde. Una explosión de grisú sepultó a 46 mineros en la veta Angleuse, a 821 metros bajo tierra.

\*\* El impulso solidario atrajo incluso a algunos equipos de salvamento de otras ciudades. Desgraciadamente, el 17 de mayo, una segunda explosión provocó un incendio en el que cayó víctima uno de estos equipos. El balance final fue, pues, de 57 muertos y 17 heridos.

\*\*\* La región destaca por sus bajos salarios, debido a la concentración y la concurrencia de las compañías mineras de Borinage, pero también a la superproducción. Desde la posguerra, los patronos han ido imponiendo reducciones de salarios, sobre todo desde 1930.

\*\*\*\* El capital también está interesado en cambiar de fuente de energía, pero sólo lo hará tras agotar casi totalmente los recursos “fácilmente” explotables.

explotación. Esta es su única respuesta a la tragedia de la minería y a las amenazas de reducción de salarios que ya se han anunciado.

Pero la patronal minera, tras la catástrofe, ha retrasado quince días esta reducción salarial: quince días bastan para olvidar a las víctimas. En junio se planteará de nuevo la batalla de clase. Entonces, partiendo de la base de la lucha contra la miseria, los mineros de Borinage, que ya en julio de 1932 dieron la señal\*, lucharán contra la muerte que les acecha cotidianamente, contra el régimen capitalista.

Para defenderse sólo disponen de sus propias fuerzas, no tienen más que un camino: la revolución proletaria contra la que todas las fuerzas del enemigo levantan las armas, enemigos cuyos representantes han desfilado en los funerales de las víctimas.

---

\* En 1932, cuando los patronos pretendían imponer una nueva bajada de salarios –aprovechando los enormes stocks de carbón (4 millones de toneladas en Bélgica)–, 10.000 mineros iniciaron una huelga salvaje el 16 de junio. El 6 de julio 300.000 mineros de todo Borinage estaban en huelga, a los que pronto se sumaron los de otras cuencas mineras. No se volvió completamente al trabajo hasta septiembre.